

LUCES EN LA OSCURIDAD

(COLECCIÓN DE CUENTOS)

Xabier Galarreta



Título Original: Argiak Ilunean
(Traducida por el autor)

© Marjinalia Bilduma
© Xabier Galarreta
Año 1995 (diciembre)
Correcciones: X.G. e I.M.
Depósito Legal: SS-268/99

PRESENTACIÓN

Estos catorce cuentos surgidos de una habitación anónima, puente entre la ficción y la realidad, asomados al río de lo absurdo, probablemente no buscan nada en especial sino desempolvar aquellas palabras embrujadas que, dormidas en la conciencia de los sueños, aguardan su oportunidad.

Los cuentos, y en especial algunos de ellos, además de componer una posible estética de la subversión, combinan la alegría y la crueldad por medio de una expresión alborotada, dejando tras de sí un rastro en zigzag similar al de la sombra de la culebra sensual y mística, a medio camino entre lo falso y lo verídico, arrastrándose entre el delirio y la serenidad.

"Eldarnio": un gran amor...sólo que soñado;
"El Diccionario": instante cincelado de lo que durante años ha sido una de las ocupaciones del autor; "A través de las calles de Londres": huyendo del grito profundo de la autobúsqüeda, uno de esos viajes que se realizan sin la ayuda de una agencia de viajes; "La Radio": la impotencia trágica y alegremente histérica de quien vive aislado del mundo y de sí-mismo; "Canción para Edurne": Cuando de noche llega un viento helado y nos muestra la ventana del otoño, en donde yacen los amigos que ya no están aquí, en el mundo; "Siempre esta lluvia": los oscuros remordimientos que alteran la conciencia de quien no supo ser fiel con el amigo; "Una bonita sorpresa": la huerta de

los celos en la que se cultivan, ante la mirada burlona y —¡cómo no!— fatídica del Destino, venganzas desnudas de humanidad; "Perdido en los recuerdos": el cariño que proclama su derecho a exiliarse de la noche sin límites; "El Secreto": en el baúl de la inconsciencia humana existen tantos secretos, llave para la comprensión de tantísimos horrores...; "El Elegido": tras la sombra de la humareda o reflexión acerca del crimen sin motivo, vagabundeando por el paisaje de un Londres imaginario; "Ve al territorio de los eburones...": hay una parte del ser humano que permanece helada... hasta que un día un rayo de sol se desliza en ella; "El día en que un ronquido me soñó": la delicia de detenerse a observar el amanecer, sonriendo, luego de haber caminado toda la noche por las calles vacías de una ciudad; "A través de los Túneles": vivimos en el estrépito causado por el tren que corre veloz a través de los túneles, acercándose a la lejanía, alejándose de la cercanía, perfectamente inmóviles nosotros. "El suicidio de Y": la posibilidad de renunciar a nuestra condición de mortales en un salto que abarque la noche impasible.

Catorce cuentos reunidos bajo el título "Luces en la Oscuridad", porque para su realización el autor tuvo primero que descender y luego, poco a poco, subir desde la profundidad y oscuridad hasta el lugar en el que la luz llama al júbilo y a la alegría.

ELDARNIO¹

Joseba Larramendi Belazkez salía con una simpática y encantadora chica. Su relación había comenzado hacía ya tres años y no sentía atracción por ninguna otra que no fuera ella, es decir, que las relaciones con Rakhel —así se llamaba— no podían ser mejores.

Sin embargo, las cosas habrían de cambiar el día en que Joseba cayó enamorado de otra mujer. Al principio no sabía qué actitud adoptar hacia Rakhel. Por otro lado, la recién conocida no le había dado todavía ninguna esperanza amorosa, no le decía ni que sí ni que no.

Conforme iban pasando los días Joseba enloquecía más y más. Las horas transcurrían mirando al rostro de la silenciosa mujer, acariciando con los ojos su cabellera rubia...

Pero ella siempre le miraba desde un lugar que parecía estar cercano a la tristeza aunque, sin lugar a dudas, no era pura tristeza. En cuanto a los labios de la joven mujer: esa ambigua amargura que mostraban, aquél poco de crueldad, su sonrisa aviesa hablaban de

¹ «Eldarnio» podría traducirse en castellano como «Delirio», y tanto en euskara como en castellano cumplirían el papel de dos sustantivos comunes a los que se les hubiera dado la categoría de nombre propio. (N. del E.)

por sí sobre considerables desengaños mundanos, innumerables noches deslizándose al compás de caricias cuyo fin pareciera no existir... En suma, la mujer sexualmente satisfecha. No hubiera sido tarea sencilla definir con una palabra exacta la expresión de sus labios (si encontráramos esa palabra encontraríamos quizá el secreto del mundo, la primera palabra, el primer aliento o incluso el porvenir, porque principio y final no constituyen sino una integridad única donde tan sólo varía aquello que entre ambos *es*).

El aspecto de Joseba era del todo lamentable: barba de varios días, ropas de las que emanaba un olor nauseabundo, los ojos enrojecidos consecuencia de las últimas noches transcurridas en vela abismado en reflexiones delirantes, enajenado ante la visión del pecho desnudo e inalcanzable de su nuevo amor: aquella melena espesa y rubia (¡rizos dorados!) cayendo tras sus pequeñas orejas; aquella piel de una blancura inaudita; su cuello extraordinario, ágil y escurridizo (quizá el regalo que un cisne le otorgara en la infancia):

—ELDARNIO! —gritó Joseba—. Tu nombre es Eldarnio —gimió dejándose caer sobre una mesa.

Mientras tanto Eldarnio le observaba indiferente, con aquella sonrisa malintencionada, e incluso, con una cierta amargura en el rostro, divertida, deseosa por acostarse con él y al mismo tiempo sin poder ocultar una ligera aversión, aguardando algo y sin esperar nada, desnuda de cintura para arriba. Pero sobre todo con ¡LA MEJILLA APOYADA EN LA MANO! Apoyaba la mejilla en la mano, ladeando un poco la cabeza, su mejilla apoyada contra la mano... Y

las sombras —las sombras de la habitación— cubrían aquellas partes de su cuerpo que habían quedado al contraluz: la zona derecha del pecho, los alrededores del costado, la mitad del rostro, algunas partes del cuello y de la espalda, la otra mitad de su cabellera rizada que se desbordaba como una cascada... La misma oscuridad que rodeaba a Eldarnio parecía estar colmada de erotismo.

Por la tarde Rakhel fue a casa de Joseba. Había pasado bastante tiempo —una semana exactamente— desde que estuvieran juntos por última vez y, llena de preocupación, llamó a su puerta.

Hay algo en el semblante de Eldarnio que refleja fatiga, ansia, extravío... En un gesto indefinido, el rostro de Eldarnio —cerrado al futuro, sin presente— desaparece poco a poco. El pasado es tan sólo una mueca cruel en su derrota victoriosa. ¿Qué puede querer decir su blancura en ese contraluz de realidades? ¿Por qué la llamaría Joseba si nunca podrá tan siquiera tocarla? Y sobre todo, ¿PARA QUE? Era evidente que estaba perdiendo la cabeza a causa de esa mujer muda, y que se valía de los ojos pese a que no veía nada. ¿Por qué insistía la oscuridad de Eldarnio en la desesperación de su admirador incondicional? ¿Y en la suya propia? La imagen de ella se convertía en fantasma, en corazón que ha dejado de latir, similar a

los atardeceres solitarios o al deseo insatisfecho. Un nombre sin dueño en el maleficio de la sonrisa. Pero, ¿por qué se aflige de ese modo?

Rakhel golpeó otra vez en la puerta de Joseba, que vivía solo. Nadie abrió. Probó de nuevo, esta vez llamando al timbre. Aunque con el mismo resultado. Al fin, tuvo que marcharse tal y como vino.

A pesar de que el sol brillaba con fuerza, el interior de la casa de Joseba permanecía completamente a oscuras. Todas las persianas de las habitaciones se hallaban bajadas. Ningún ruido excepto el zumbido monótono de un moscardón. La cocina ofrecía un aspecto desolador, llena de inmundicia y suciedad: bolsas de basura esparcidas aquí y allá, la portezuela del frigorífico abierta mostrando un interior vacío, la fregadera rebosante de cacharros y una fluorescente que parpadeaba sin cesar.

Joseba estaba con Eldarnio en una habitación de la que emanaba un olor repugnante. Eldarnio, la mejilla apoyada en la mano, le miraba como si fuera su Muerte. Eldarnio, la mejilla apoyada en la mano, le miraba desde un silencio sobrecogedor que perforaba el corazón de Joseba, llenaba todas las habitaciones vacías de la casa y daba y quitaba las ganas de vivir.

Y Joseba, tumbado en el suelo, yacía ante Eldarnio con la mirada ida. Le daba miedo hablar

(había intuido que las palabras no tenían lugar en aquella situación, y que todo lo más lo sacarían de la vida ficticia para mostrarle un único camino: el espacio infinito más allá de la ventana —espacio que se le hacía particularmente familiar desde el día en que conoció a Eldarnio—). Y Eldarnio, absolutamente consciente de su poder, la mejilla apoyada en la mano, le miraba sin verlo, la mejilla apoyada en la mano, desde ese desesperado gesto que en apariencia nada tenía que ver con la desesperación, la mejilla apoyada en la mano y el rubio cabello acariciándole la espalda, su piel tan blanca que despertaba hacia el deseo, la mejilla apoyada en la mano.

Puso música —una sinfonía—, pero como no le pareció muy apropiada la quitó y empezó a bailar a los acordes del vals que siguió al primer intento de audición ¡Aquello sí era lo que deseaba escuchar! Borracho, con la botella en la boca a modo de biberón, continuó bailando al tiempo que tropezaba con todos los trastos amontonados en el suelo hasta que, por fin, cayó junto a Eldarnio.

Rakhel no sabía qué hacer. La desaparición de Joseba le era insólita, aunque alguna vez había hecho un mutis durante un par de días y sin previo aviso. Pero una semana... Y en una relación larga como la suya se puede llegar a conocer bien a una persona (o, al menos, así lo creía Rakhel).

Por otro lado, Joseba era un hombre que pudiéramos llamar metódico. Tenía un horario

determinado y se atenía a él incluso hasta resultar aburrido. En ocasiones solía comentarle Rakhel «Un día de estos la rutina te devorará». Y Joseba no sabía si tenía que tomarlo en broma o en serio... Claro que a ella le ocurría otro tanto.

Así las cosas, la desesperada Rakhel decidió tomar una decisión: ir a su lugar de trabajo y preguntarle dónde se había metido durante la última semana y por qué no le había llamado. Y fue al lugar de trabajo de Joseba, preguntó por él y... ¡aquella sí que fue una sorpresa! Joseba no había aparecido por allí desde hacía una semana, ni había avisado ni presentado excusa alguna a nadie. El jefe estaba furioso y a punto de despedirlo tanto si aparecía ya como si no. Por último, le aconsejaron localizar a Joseba cuanto antes para que se personara en las oficinas o para que al menos se pusiera en contacto con la administración de la empresa.

Recibidas todas estas noticias, Rakhel notó que el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Y ya se disponía a marcharse, cuando un joven la detuvo.

—Perdona.

—¿Sí?...

—Soy amigo de Joseba, además de trabajar con él. Los compañeros me han dicho que preguntabas por Joseba y...

—Gracias. Tú serás Eneko, ¿no?

—Así es, sí. Y tú Rakhel, por supuesto.

—Joseba ha solido hablarme muchas veces de ti.

—Oye, tengo quince minutos libres. Si quieres, podemos ir a la cafetería y hablaremos con más

tranquilidad.

Eldarnio, la mejilla apoyada en la mano, no se movía de donde estaba a pesar de que Joseba, desesperado, se revolcaba con rabia por el suelo. Era enojoso ver a Joseba hundido hasta ese punto. Pero también era divertido. Aquella hilarante actitud suya de ridículo falso-romántico: caído en sus propios vómitos, sollozando, las manos crispadas hacia Eldarnio, un temblor febril en los labios... «*¡No tienes otra alternativa, estúpido! Mira hacia la ventana. ¿Quieres encontrarte con Eldarnio? Es de noche, amigo: en ese espacio oscuro hallarás su piel blanca. Ahí mismo tendrás la posibilidad de acariciar su cabello rizado. La descubrirás completamente desnuda y comprenderás su ambigua mirada hasta el último significado. Te ofrecerá su pecho blanco para siempre. ¡Para siempre! ¡PARA SIEMPRE!*» Joseba abrió los ojos súbitamente y miró aterrorizado a Eldarnio. Le pareció que ésta le sonreía, pero no con amor, sino con la sonrisa astuta de siempre, la mejilla apoyada en la mano, como cansada. Aunque no creo que estuviera cansada... No, claro que no.

—Así es. Una semana entera sin aparecer. El jefe está que trina. Podría darse por despedido si no valiera tanto en su trabajo. Pero los envidiosos y pelotilleros pronto empezarán a punzar al jefe. Si no

aparece para el próximo lunes, lo despedirán.

—¿Qué podemos hacer? Ayer fui a buscarle pero no había nadie en casa. Y hoy le he llamado por teléfono a las ocho de la mañana y tampoco respondió.

—Iremos de nuevo a su casa. No podemos hacer otra cosa.

—Si quieres, Eneko, podemos ir ahora mismo. Sólo falta una hora para que salgas del trabajo. Me quedaré aquí a esperarte.

—Me parece bien. Ahora debo irme. Se me ha hecho un poco tarde. Hasta luego.

—Sí, agur.

Rakhel y Eneko estaban cerca de la casa del desaparecido Joseba, cuando se apercebieron de un corro de personas así como de una ambulancia de la Cruz Roja frente al portal de éste. Con un terrible presentimiento, apresuraron el paso y, una vez llegados al portal, vieron cómo cuatro camilleros se ocupaban en sacar un cadáver cubierto con una sábana blanca. La portera del inmueble, al ver a Rakhel — pues la conocía—, se abrazó a su cuello llorando y repitiendo sin cesar «¡Qué terrible desgracia, señorita! ¡Qué terrible desgracia!» Aunque Rakhel ya había adivinado de quién era el cuerpo que iba en la camilla oculto bajo la sábana, con voz temblorosa preguntó «¿Quién... quién es?» La portera respondió «Es Joseba, señorita. Joseba. ¡Qué terrible desgracia!»

Rakhel perdió el conocimiento. Numerosos brazos y manos la sostuvieron antes de que pudiese

caer al suelo. Alguien propuso subirla a casa del difunto hasta que volviera en sí. Y a otro se le ocurrió llevarla en la misma ambulancia junto con el finado camino del hospital. Por fin, la portera puso un poco de orden en aquél improvisado corral manifestando que no le parecía bien subirla a casa del difunto y que tampoco la segunda propuesta era merecedora de su aprobación, porque «A ver si la llevan al depósito de cadáveres junto con ese pobre infeliz. Y que el muerto me perdone». Así pues, decidieron subirla a su casa — para alegría de la portera, ya que tener en su propia casa a la novia del difunto aumentaba su protagonismo y, además, una vez que Rakhel recuperara el sentido, quizá echara alguna luz acerca de lo sucedido...

Mientras los vecinos se ocupaban de Rakhel, a Eneko le acometieron unas irreprimibles ganas por ver la casa de quien había sido su amigo y compañero de trabajo. Y sin que nadie se diera cuenta, comenzó a subir por la escalera muy despacio, procurando no hacer ningún ruido para no llamar la atención. Como la puerta estaba abierta y dentro no parecía haber nadie —acababan de llamar a la policía—, cruzó el umbral sin pensarlo dos veces y, para sorpresa suya, pronto se topó con el revoltijo descrito antes: bolsas de basura desparramadas aquí y allá, el mensaje indescifrable de una fluorescente parpadeando incansable en la cocina, todas las persianas de la casa bajadas, el pasillo necesitado de algo más que de un buen barrido,

cantidad de objetos en un caos total...

Pero una habitación de la que salía un hedor insoportable le llamó especialmente la atención. La ventana de este cuarto se hallaba abierta y daba a un patio interior. Al asomar la cabeza por esta ventana y mirar hacia abajo, vio una gran mancha de sangre en el suelo de baldosa cuadrada de aquél patio. Desvió la mirada y, retirándose de la ventana, echó un vistazo a los objetos de la habitación con curiosidad ausente: restos de comida, discos fuera de sus fundas y esparcidos por el suelo, montones de libros aquí y allá —algunos con las hojas arrancadas—, olor a alcohol así como a vómitos y orines... En las paredes de la habitación podía leerse una palabra escrita una y mil veces: ELDARNIO. Y en las sillas y muebles, en el cristal de las botellas vacías, en el mismo suelo incluso aparecía escrito: ELDARNIO. Cuando ya se disponía a marchar, reparó en la foto de una joven que constituía el tema central de la portada de un libro: la fotografía de una mujer que tenía la mejilla apoyada en la mano. *«[...] ella siempre le miraba desde un lugar que parecía estar cercano a la tristeza. En cuanto a los labios de la joven: esa ambigua amargura que mostraban, aquél poco de crueldad, su sonrisa aviesa [...] la expresión de sus labios (si encontráramos esa palabra encontraríamos quizá el secreto del mundo, la primera palabra, el primer aliento o incluso el porvenir...) [...]»*

Cuando Eneko salió de la habitación su rostro estaba lívido. Abandonó la casa, bajó las escaleras y una vez en la calle se abrió paso entre el corro de curiosos que continuaban arremolinados en torno al

portal. No se acordó de Rakhel. Ni siquiera preguntó por ella. Empezó a caminar entre la gente sin reparar en el rostro de aquellos con quien tropezaba. Le hacía falta pasear por las inmensas avenidas.

En el bolsillo de la chaqueta llevaba la fotografía de la mujer de la portada que encontrara en casa de Joseba —pues la había arrancado del libro— y ahora la asía con fuerza en la mano. La palabra eldarnio daba vueltas en su cabeza y poco a poco iba abriéndole un panorama insólito. "ELDARNIO", gritó a viva voz deteniéndose súbitamente en la calle rebotante de transeúntes. "ELDARNIO", gritó de nuevo ante la mirada atónita de los que pasaban junto a él. Y repitiendo el nombre para sí, tomó el camino de su casa...

Querido lector: cuídate mucho si acaso vieras a la mujer de la portada del libro. Cuídate mucho: ¡es tan fácil enamorarse!

EL DICCIONARIO

Xastian, absolutamente absorbido por un desmedido afán de alcanzar la sabiduría, dedicaba demasiado tiempo al estudio. ¡Cuántas horas consagradas a los libros! ¡Cuántos días pletóricos de sol desperdiciados en su oscura habitación!

Pero había una materia que le gustaba especialmente de entre las demás: el inglés. Y a este idioma ofrecía las mejores horas de estudio (e incluso también las horas que no eran de estudio).

A Xastian, desde que con veinte años se introdujera en el mundo de la literatura inglesa, se le había ido acrecentando la pasión hacia esta lengua. Ahora era un joven de veintitrés años, un jovencito todavía (aunque él se tomaba a sí mismo por un vejestales). Esto quiere decir que eran ya tres los años transcurridos de la mano de sus estudios anglosajones. Y nunca mejor dicho, porque efectivamente fueron estos estudios el único amigo del que pudo gozar durante todos estos años.

Los padres de Xastian eran donostiarras, euskaldunes y monolingües —aunque entre los dos hablaban un poco de francés y español. Al menos, lo suficiente para mantener una conversación básica cuando en las vacaciones salían al extranjero.

A Xastian sólo le enseñaron euskara. «Cuando crezca, que aprenda los idiomas que desee» parece que pensaron, o seguramente ni siquiera se hicieron

planteamiento alguno de este tipo. Por otra parte, su aprendizaje del inglés estaba resultando altamente satisfactorio. Más que suficiente para andar por el mundo. Aparte de eso, cuando ya habían transcurrido casi cien años desde que la Independencia de Euzkalerria se consiguiera en el año *****, y al haber alcanzado el euskara una normalización absoluta en cada uno de los diferentes ámbitos, existían muchos hogares en los que aparte de nuestro viejo idioma no se hablaba en ninguna otra lengua. En el mismo Bilbo, por ejemplo, además de hablarlo el cien por cien de la población, más de la mitad no conocían otro idioma. Ni les hacía falta, ya que las relaciones económicas diarias (tanto en las altas esferas como en aquellas otras más humildes) se realizaban todas ellas en euskara.

Fue en la universidad donde cobró gran afición a la literatura inglesa, y de ahí, acometió el estudio del inglés aún con más ganas si cabe, mientras que otros compañeros se ocupaban en aprender distintos idiomas: ruso, alemán, francés, etc...

Sobre todo era por medio de la lectura como más trabajaba su querida lengua extranjera. Y una sombría tarde en la que se hallaba inmerso en la lectura de un libro —no recuerdo quién era el autor, pero creo recordar tratarse de un escritor de la llamada «Generación Perdida»—, topó con una palabra que se le hizo desconocida: con la palabra «harpoon» precisamente.

Aquél día llevaba ya diez horas seguidas estudiando sin descanso. Además, el diccionario que solía utilizar —un buen diccionario, editado

recientemente por la Real Academia Inglesa— se lo había dejado a un compañero de clase, y es por ello que no se hallaba del todo a gusto en su tarea. ¿De qué diccionario se valía entonces Xastian? Pues de un diccionario que en cierta ocasión compró en la calle a un moro. Sí, a un moro. A uno de esos moros que andan en las calles vendiendo todo tipo de cosas, a un misterioso moro de ojos amarillentos y que sonreía de un modo verdaderamente enigmático... El diccionario no tenía mal aspecto. Era grueso y traía muchísimas palabras. Además le salió muy barato, casi de balde.

Sin embargo, utilizar el diccionario del moro, desde el mismo día en que lo adquirió, le había producido siempre un cierto recelo inexplicable, razón por la que lo tuvo guardado en un armario donde permaneció durante dos años... hasta entonces.

«En mala hora dejé el diccionario a mi compañero», pensó para sí mientras se ocupaba en la búsqueda de la palabra «harpoon». «Harpoon (ha:,pu:n): see halibut» decía el diccionario del moro. Suspirando con resignación, se dispuso a seguir las indicaciones del diccionario. «Halibut (,haeliet): see better hamper». Cerró de golpe el diccionario, se levantó y comenzó a dar vueltas por el pasillo de la casa, según acostumbraba a hacer cada vez que se enojaba con los libros. Una vez tranquilizado, y en el preciso instante en que se había resuelto a abrir de nuevo el diccionario, le vinieron a la mente los ojos amarillos del moro, aquellos ojos amarillentos que le sonreían de modo burlón... Un escalofrío sacudió su cuerpo.

Diez horas seguidas estudiando sin descanso

no puede ser beneficioso para la salud. Aunque no se daba cuenta, su rostro iba tornándose cada vez más y más pálido. «Hamper (,haempe): see haw». «Haw (ho:): see hectic». «Hectic (,hektik): see he-goat». «He-goat (hi:,geut): see hegira». Los ojos del moro más amarillos que nunca mirando fijamente a Xastian, llenos de astucia, sonriéndole en cada página... «Hegira (he,dgaiere): see dubbin». Su cabeza da vueltas. Siente náuseas. «Dubbin (,dabin): see wra-».

En aquél instante experimentó una agudísima punzada en el corazón y cayó al suelo arrastrando consigo el maldito diccionario. Su cuerpo estaba empapado en sudor y sentía pegados a su piel los ojos amarillentos del moro, que le sonreían con tantísima astucia instigándole hacia un último esfuerzo. «Wrack (raek): see stile». «Stile (stail): see plow». «Plow (plau): see lounge suit». «Lounge suit (,laundg,su:t): see hooliganism».

Xastian, más blanco que un folio, babeaba.

«Hooliganism (,hu:ligenizem): see trinitro-toluene (traï,naitreu,tolju:i:n): see half-dead». «Half-dead (,ha:f,ded): see I) handiness II) hangman III) harpoon». «HARPOON!», gritó Xastian.

Un rayo de esperanza brilló en sus ojos. Aquella pesadilla que comenzara con la palabra «harpoon», y que le había llevado durante largo rato de una parte a otra del diccionario, al fin parecía que iba a concluir.

Deseoso de salir cuanto antes del círculo diabólico en el que se hallaba, corría las hojas febrilmente: haggard... hamlet... handbell... handling... hapless... happy... harbour... hart... (ha pasado las

hojas con demasiada rapidez. Comienza otra vez no sin murmurar un par de palabrotas) ... half... halo... hanging... hard... hard-working... harp... harpist... HARPOON!

Allí estaban los ojos amarillentos del moro, sonriéndole llenos de misterio y perversidad, en el lugar de la palabra vasca que hubiera debido corresponder al término «harpoon», participando a Xastian de un terrible mensaje, más allá de los pueblos no-humanos...

«Le falló el corazón», dictaminaría más tarde el médico. «Trabajaba tanto», añadiría la inconsolable madre.

A TRAVÉS DE LAS CALLES DE LONDRES

—¿Por qué habéis de darle siempre la razón?

—Me resulta imposible actuar de otro modo.

Ese hombre me absorbe la personalidad.

—Pues mandadlo al carajo.

—No es tan fácil...

El fragmento de conversación que sin querer he escuchado a la pareja de al lado es inquietante. Antes de perderlos en la próxima estación tengo que intentar oír la última frase de la joven que habla con acento sudamericano.

—La única verdad que no podéis sufrir es ésta: sois cobarde. Sí, vivís de rodillas. Y sufrís porque a vos os da la gana.

Según parece, todos quieren vivir contentos, nadie quiere sufrir. No sé si los animales pueden ser capaces de sufrir. Por ejemplo, ¿tendrá la culebra alguna razón para ser desgraciada? Cuando padece hambre tal vez sí, o cuando no encuentra con quién cumplir las leyes de la reproducción impuestas por la naturaleza, o a causa de algún cambio climático desfavorable. Sin embargo, sus sufrimientos son mecánicos, físicos. Por eso es que para el hombre no hay nada más vergonzoso y humillante que el padecer de hambre, soledad o frío. Porque estos tres estados nos acercan al sufrimiento del puro animal. Pero

cuando no tenemos ni hambre ni soledad ni frío, entonces nos dirigimos en busca de la felicidad... aunque sólo sea para toparnos con otro tipo de sufrimientos. ¿Sólo? Los animales no pueden compartir con nosotros ese otro tipo de sufrimientos. Y esa misma posibilidad de poseer *sufrimientos de «alto nivel»* es lo que nos distingue, en gran medida al menos, de los animales.

Este falso filósofo se siente un poco triste. Echa un vistazo alrededor. Por ejemplo, el matrimonio sentado ahí enfrente con su hija me produce tristeza. Sin embargo, ellos parecen contentos. Mejor así. Tal vez también mejor para mí. El estado del ser no-feliz podría ser contagioso.

¿Y qué me dices de los dos pakistaníes de la casa de huéspedes? ¡Hay que ver la sonrisa burlona que me dirige el que es más alto de los dos cada vez que nos topamos en la cocina! Eso sí, desde que le lancé aquel eructo parece que anda más suave conmigo. Aunque fue una grosería, desde luego. No sabía que eran homosexuales. Excepto yo parece que todos los de la casa sabían lo de los pakistaníes. Aunque todos somos gente muy «liberal». Tal vez ésa era la razón de su sonrisa burlona. La sonrisa, una especie de mecanismo defensivo. Vete a saber. Sin sonrisitas, mucho mejor. Final de trayecto.

Oxford Street es un hormiguero de gente. Me agrada. Paso demasiadas horas solo en la cocina de la cafetería, trabajando sin cesar. Supongo que por eso me gusta tanto pasear entre las calles a horas punta.

Me he despistado ¿Qué camino debo tomar para llegar al Soho? Le preguntaré al «bobby» ése de

ahí.

No le he entendido ni media palabra. ¿Qué diablos decía? Creo que con la mano señalaba hacia esa dirección. En fin, probaremos a ver...

La mujer negra de ayer es una de las situaciones más patéticas que he visto desde que estoy aquí. Iba por la calle hablando sola, haciendo gestos, de pronto se echaba a llorar... Casi nadie le miraba. Grandes urbes: ¡qué frías y crueles sois! La apremiante necesidad de comunicación. ¿Quién sería su interlocutor imaginario?

Un extranjero en Londres: ¡qué suerte tener pasaporte español!

Llevo cuatro meses en Londres y más que inglés lo que he aprendido es cocina inglesa (a little). En fin, si deseo estar más de cuatro meses en Londres más vale que ande listo. Claro que sería la primera vez que me ocurriría tal cosa...

A mi compañera de cocina, una inglesa de la campiña, creo que le falta sentido del humor. A fin de cuentas, porque se haya cortado con el cuchillo y porque en bromas le dijera «*you will look better with the five fingers*», tampoco era para ponerse como se puso. ¿Y la compañera india de cocina que no me ha dirigido más de siete palabras en dos meses? Le pediré que se case conmigo.

Si dispusiera de tiempo y libros podría escribir una buena novela aquí, en Londres. El extranjero nos vuelve más receptivos.

Soho-Soho. ¿Dónde demontre estaré? Creo que debería ir en esa dirección. Se me hacen familiares estos edificios... Sí, voy por el buen camino.

Antes de venir aquí pensé que le sacaría más a Londres. A veces, sobre todo últimamente, cuento los días y las semanas transcurridas. Una vez que regrese a casa, entonces tal vez sea capaz de juzgar la supuesta felicidad de la que he gozado aquí, aunque para entonces será demasiado tarde. ¿Demasiado tarde? La confusión de siempre, el lado místico habitual. Huir de mí mismo a base de recorrer kilómetros, poniendo sellos a mi pasaporte. Dr. Livingstone. Un puto viaje que hago...

El jefe de la cafetería se bebe una botella pequeña de vodka todos los días. No me extraña. Diez-doce horas suele trabajar en cada jornada. ¿Y para qué? Para pagar los plazos de la casa y el coche, para hacer frente a los gastos del divorcio, para poder responder a la cuota mensual del club de golf,... En la Gran Bretaña del siglo XIX, los trabajadores explotados de aquella época tuvieron que luchar muy duro hasta conseguir unos horarios más humanos y unas condiciones de trabajo dignas que hicieron llegar a las generaciones posteriores. Sin embargo, muchos trabajadores de hoy día parecen dispuestos a trabajar más de ocho horas para así ganar más dinero sin tener una verdadera necesidad de ello. Antes, esclavos del patrón; ahora, parias del consumismo.

Debiera escribir sobre la marcha. De lo contrario, aunque recordara algo, tan sólo sería eso, un recuerdo, pero no una idea vivida en el instante mismo. Tendré que comprar una agenda.

Dos policías cuidando la calle, escaparates pornográficos diseminados aquí y allá, algún que otro cine X... No hay duda, estoy en el Soho. No es

demasiado obsceno este barrio. Bastantes turistas echando un vistazo a la zona morbosa de la ciudad. ¿Y el tipo ése de unos cuarenta años y aspecto sombrío apostado en la esquina? Parece Jack el Destripador. Así voy a acabar yo también si no encuentro pronto una «girl».

Podría acercarme a Covent Garden. Ahora ya me oriento mejor. Este borrachín me quiere decir algo pero no le entiendo ni pizca. «I am sorry. I am a foreign here. I don't understand you». ¡Dios mío, cómo se ha enojado! Me ha enviado a freír gárgaras con un «The son of a bitch». Creo que es lo único que le he entendido.

Me gusta caminar sin prisa, con libertad absoluta para pensar en cualquier cosa. No podré contar muchas cosas cuando regrese a casa. *Pero he enriquecido mi cultura y sensibilidad por medio de una nueva experiencia. Y a fin de cuentas, ¿qué es el ser humano sino el cúmulo de todas sus vivencias?* Parezco un jilipollas.

Sentimientos, ciencia, arte, muerte, sorpresa, risa, asombro, seriedad, satisfacción, humo, ironía, máscara, rostro, piel, color, abandono, dolor, verdad, asfalto, distancia, lavandería, isolation, movimiento, imágenes... ¡Un ataque de palabras! ¡Socorro!

Doce, casi catorce pollos fritos tengo que despiezar todos los días antes de preparar la masa para los sandwiches. Pollos, pollos, pollos. Hoy, dieciséis pollos en dos horas. Salgo del trabajo y veo pollos a diestro y siniestro. El cobrador del metro me parece que tiene cara de pollo. A medida que camino, yo mismo soy también un pollo, un pollo frito. Cuando

me siento junto a la ventana de mi habitación, mi pensamiento es un pollo frito. Voy a dormir, y en la cama, mi sueño es otro pollo frito.

Ah! Ya estoy en Covent Garden. A ver qué dice la guía turística... página veintiséis... Aquí. *Covent Garden WC2. «The Benedictine Monks originally started the market and in 1631 the Piazza, London's first Square, was designed by Inigo Jones»*. Podría sentarme en aquella cafetería y pedir una cerveza.

—Can I have a beer, please?

—Sorry?

Me ha entendido a la cuarta. Va mejorando mi inglés. Me sentaré afuera, en esa silla de ahí. ¡Lo que faltaba! He derramado la mitad de la cerveza.

La guía turística decía que *«According to Pepy's Diary the first Punch and Judy Show was held outside St Paul's Church on the west of the market»*. Alguien se ha reído. Igual es porque estoy leyendo la guía turística. No seas estúpido. *«...on the west of the market. Here musicians, actors and artist could perform still a tradition of the market today»*. Me aburro. Debería escribir a los padres. Los padres... es como si existieran a partir de lo que puedo recordar de ellos. *«...of the market today. The original market had grown so large that it moved to Nine Elms; the original market became a shopping arcade with market stalls»*.

¿Pero qué estoy haciendo yo aquí, en Londres? Si no encuentro pronto una «baby» no creo que vaya a durar mucho en esta isla.

Leo dice que debo escribir mis sueños, que debo acostumbrarme a atrapar los sueños con tinta.

A veces tengo la impresión de estar al acecho de una nueva idea; aguardando cualquier pensamiento imprevisto, recuerdo, sentimiento o visión. *¿Visión?* Esto se está poniendo peligroso.

La experiencia en Alemania sí que fue extraordinaria. Todos viviendo en la misma casa, cada uno en su habitación. Y entre nosotros, a monosílabo limpio. Alguna vez coincidíamos en la cocina, o en el pasillo, o al entrar y salir. Un saludo y punto. Todos estábamos un poco chiflados, no muy lejos de la nada. Cualquier comunicación entre nosotros era imposible, aunque al mismo tiempo nos sentíamos orgullosos. *¿Orgullosos?* Poco puedo fiarme del pasado, aún tratándose de una situación imaginada que pudiera guardar un cierto encanto. No sé. Vivir en la realidad o fuera de ella no tiene importancia. Tampoco yo la tengo. Parece que me estoy poniendo nostálgico. Sacudámonos esta melancolía.

No muy lejos de aquí hay un pub donde suelen celebrarse representaciones de teatro callejero. Leo me explicó más o menos por dónde estaba. No perderé nada por hacer la prueba. A ver si lo encuentro...

Trabajo seis horas al día. Y aún podría trabajar menos. Al fin y al cabo, toda vez que gano lo suficiente para pagar la casa y la comida, no tengo necesidad de mucho más. No es tan duro el trabajo de la cocina. Peor era el de limpiador. Además, se come estupendamente.

Oh! Este es el lugar que buscaba. Entremos. Todos trasegando cerveza. Y ni rastro de comediantes. Tampoco veo un escenario donde poder realizar una representación. *¿Pero no es Leo el que está sentado*

con esa joven? Sí que lo es. Me acercaré a saludarle.

—Hola, Leo.

—¡Ander! ¿Qué andas por aquí?

—Quería ver alguna representación...

—El escenario está en el piso de abajo. Aún no ha comenzado la función.

—Estupendo. Echaré un vistazo. Aunque no creo que vaya a entender nada.

—Entonces llévate esto.

—¿Qué es?

—El guión de la obra que van a representar.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Los del grupo de teatro son amigos.

—Conoces a la mitad de la población de Londres, ¿no?

—Hay que mover el trasero.

—Vale. Luego nos vemos. Bye-Bye.

—Hasta luego.

Leo, como siempre, bien acompañado. He llegado a tiempo. Todavía no han comenzado. Pediré algo de beber a la chica de la barra. Que por cierto, está como un tren.

—Can I have a beer, please?

¡Asombroso! Me ha entendido a la primera. Esperemos que no me saque un ataúd²... Pues no. Trae una cerveza bien fresquita. No hay donde sentarse. Sí, ahí hay un sitio libre. Echaré un vistazo al guión de

² «Beer», cerveza, y «bier», féretro, mantienen una similitud fonética que puede llevar a error, sobre todo cuando el que habla no pronuncia bien en inglés. (N. del E.)

Leo, aunque parece que la función va a empezar...

¡Las once y media! Qué tarde se ha hecho. Si no me doy prisa perderé el último metro. ¿Dónde estaba la salida? Oh, ahí está.

Otra vez en la calle. Apenas hay nadie a esta hora. Tan pronto como anochece las ciudades como Londres se convierten en verdaderos desiertos. Aún así me agrada. Aunque son más amenas a las doce del mediodía. Claro que pasar aquí un largo invierno... Tiene que ser bastante duro.

Hay una combinación muy sencilla de aquí a casa. La línea roja. Ahí está la parada de metro: Tottenham Court Road.

Ya estoy en el andén. Et voilà el tranvía. Por poco lo pierdo. Casi todos los vagones vacíos. No está nada mal esa chica. El que se metió en el vagón conmigo parece que quiere arrimarse a ella. No tiene un aspecto muy de fiar. La joven da la impresión de ir abstraída en sus pensamientos. Are you happy? Would you like to be happy with me?

Estos trenes atraviesan la ciudad a una velocidad impresionante. Oxford Circus. En esta estación ha subido mucha gente. ¿De dónde habrán salido si estamos todavía a lunes? ¡Ah, claro! Turistas.

No sé hacia dónde mirar. Siento mi propia cara como si fuera de goma. Este olor a sudor me marea. Creo que hubiera sido mejor no haber venido a Londres. Aprendería más inglés en Donostia. Claro que buscaba algo más aparte de aprender inglés. Bond

Street Station. La bella se baja aquí. No te vayas, no te vayas. Y el tipo raro también. Será casualidad. Vete a saber. Debería cambiar de casa.

Conforme transcurren las semanas me siento más y más fastidiado. Oh! No soporto los túneles, la frialdad de los viajeros, la falta de naturalidad, este hermetismo... Son más alegres los viajes en autobús que en metro. Aunque más lentos. Y también más complicados. Con tantas líneas... Marble Arch. El grupo de turistas desciende del vagón.

No han pasado más de diez minutos desde que salimos de Tottenham. Otra chica-hermosa ha subido al vagón. Es negra. No, marrón. Sí, tiene la piel de color marrón. Estupendas piernas. Le da por tomar anotaciones en una pequeña agenda. Parece que la mitad de la población londinense se dedica a tomar anotaciones en una pequeña agenda. Mientras ella escribe, la puedo mirar a placer. Me ha pillado. Y a continuación ha escrito algo. ¿Algo a cerca de mí, tal vez? *«Me hallaba en el metro cuando sentí los ojos hambrientos de un hombre clavados a mi cuerpo. Parecía extranjero. Italiano, probablemente»*. Lancaster Gate. Esta es mi parada.

El pasar del tiempo ha quedado un poco distorsionado desde que estoy en Londres. Juraría haber oído mi nombre. No... Quizá alguien muy lejos de aquí ha gritado mi nombre. Magia negra.

Músicos de los subterráneos. Algunos lo hacen realmente bien.

Debería cambiar de casa. No estoy acostumbrado a compartir habitación. Podría hacer la prueba con este anuncio *«Holiday Accomodations NS*.

Very clean, singles or doubles and sharing, from 28 pounds pw. Own keys and cooking facilities. Tel: 802 79 88 or 226 08 56». 28 libras. No está mal. Pero probablemente tendría que ir al quinto piso a vivir. Es para pensarlo dos veces. Además, cambiar de casa tiene su lado bueno y su lado malo. Por ejemplo, vivir completamente solo puede resultar peligroso a la larga. Y Vincent, el italiano, es un tipo simpático. Con el madrileño es más difícil mantener buenas relaciones. Aunque no se le puede echar nada en cara como compañero de habitación, excepto que huele que apesta.

Ya estoy en casa. Qué raro. Alguien ha olvidado cerrar la puerta. Vincent y Javier estarán ante el televisor, tumbados en la cama.

Ander: Buenas noches, monstruos de la televisión.

(No responden nada.) ¿Sabéis una cosa?

Javier: Te has muerto.

Vincent: Has comprado un perro.

Javier: Te has casado con una rica.

Vincent: Has decidido tomar una ducha.

Javier: Has pillado el sida.

Vincent: Has ido a misa.

Ander: Os voy a dejar bo-quia-bier-tos. ¡El jefe va a enseñarme mañana una nueva receta! ¿No es marvellous?

Vincent: Really! But that is a great new, isn't it?

Javier: Hay que ver lo estúpidos que podéis llegar a ser.

Ander: Este no entiende ni una palabra de arte.

Vincent: Not even a little. ¿Y qué tipo de receta es?

Ander: Todavía no lo sé. No me ha revelado nada. Es un secreto.

Vincent: Really! O, goodness!

Javier: Todo esto no tiene sentido. ¿A santo de qué tanta importancia a una receta?

Ander: Aunque creo que tiene algo que ver con huevos.

Javier: ¿Antes o después de mezclarlos con la Salatcream?

Vincent: Querrás decir con la mayonesa, grandísimo energúmeno.

Ander: Después.

Vincent: Marvellous! I am completely delighted.

Javier: ¡Esto es ridículo! (Luego de una pausa) ¿Y no sabes nada más acerca de esa receta?

Ander: No.

Javier: What a shit!

Ander: I am desolate, believe me.

Vincent: Estoy citado para esta noche con una chica.

Javier. ¿Tratas de decirnos que quieres dormir y que mejor si nos callamos?

Vincent: Exactly.

Ander: ¿Está bien la colega?

Vincent: ¿Te parece que tu novia está bien?

Ander: ¿Por qué?

Vincent: Porque se trata de la misma colega.

Abandono la cama de un salto y me lanzo

contra Vincent blandiendo mi almohada. Inmediatamente comenzamos a golpearlos con las almohadas hasta que la habitación se llena de plumas. Luego, nos detenemos a mirar las decenas de plumas que flotan por el aire. Vincent refuerza el hechizo exclamando «¡Se nos viene encima una tormenta de nieve! ¡Guarezcámonos antes de que nos congelemos!» Javier y yo nos apresuramos a obedecerle y, una vez apagada la luz, al igual que millones de personas, cerramos los ojos y dejamos al sueño que se acerque a sellarnos los párpados.

LA RADIO

Jagoba Salaberria Gartzia, Txomin Larreta Etxepare y Txatxu Reinoso Arbizu componían el equipo de montañeros. La nieve lo cubría todo. Abismos aterradores y fragmentos impresionantes de hielo les rodeaban...

El viento llegó de imprevisto, justo en el instante en que se disponían a alcanzar la cumbre. Una ventisca se alzaba cada vez con más fuerza ocultando el paisaje que hasta sólo hacía un momento podía divisarse en todo su esplendor. Aunque no mostraron intención de regresar al campamento, la preocupación se posó en sus corazones como un copo de nieve.

Jagoba, siendo un enamorado incurable de la radio, no podía ir a ningún sitio sin su aparato portátil —y aquella ocasión no había de ser una excepción—, lo cual era motivo de numerosos reproches por parte del grupo que no deseaba nada relacionado con la «civilización». Por ello, solía llevarla apagada la mayor parte del tiempo, introducida en la parte superior de la mochila a fin de que no recibiera golpe alguno y poder así disponer de ella en cualquier instante. Su afición era tal que en ocasiones guardaba la radio en el bolsillo del abrigo y, asíéndola con fuerza, proseguía el camino.

Se encontraban en medio de la ventisca y el viento rugía feroz. La niebla les impedía ver el camino a seguir y apenas podían comunicarse entre ellos debido a la altura, el frío y el viento que acometía

desde todos lados formando remolinos. Fue entonces cuando Jagoba sacó su radio de bolsillo, la encendió y la introdujo en la capucha fuertemente apretada del plumífero. Se trataba de un pequeño transistor a pilas, sólo que de una potencia anormal para su tamaño. Además, los últimos satélites de comunicaciones obraban maravillas.

La voz de un locutor inglés comenzó a hablarle como por milagro. Pese a no tener la más mínima idea de inglés, aquella voz humana le devolvió poco a poco a la tranquilidad. Así que, cuanto más arreciaba la tormenta, Jagoba más despreocupado parecía.

Y no bien acababa la radio de acometer una nueva melodía, cuando de repente Txatxu desapareció en uno de aquellos pavorosos abismos lanzando un angustioso grito que Txomin a duras penas pudo oír pero que, desde luego, no llegó a oídos de Jagoba, demasiado ocupado escuchando su radio.

Mientras Txomin lloraba la muerte segura de su compañero, el rostro de Jagoba mostraba una satisfacción casi absoluta: los acordes de la banda de jazz interpretaba el siguiente tema con desbordante alegría.

El cielo oscureció con rapidez inaudita.

A lo lejos, el trueno retumbó, la nieve comenzó a caer copiosa y el viento sopló con más fuerza si cabe. Por si fuera poco, Txatxu precipitado en un abismo, perdido para siempre.

Estaban ante el abismo en el que había desaparecido Txatxu y no podían intentar nada con vistas a un rescate (sabían que todo intento era inútil.) Súbitamente, Txomin, fuera sobrepasado por los

desgraciados acontecimientos o bien porque percibió la proximidad de la Muerte o tal vez impulsado por el deseo de ver un rostro humano en aquél entorno hostil, extendió los brazos hacia Jagoba y levantó la capucha que ocultaba la cara de su amigo: allí apareció el rostro de Jagoba... ¡a punto de destornillarse de risa! Y sin poder aguantarse las ganas, Jagoba comenzó a reír como un loco. Y también a bailar. Y con una mano sostenía la radio que apoyaba junto al oído. Y reía y bailaba sin parar. El viento rabioso y helado, la nieve, los abismos, la ventisca, la muerte de Txatxu, las ínfimas posibilidades de salir con vida de aquél lugar, las colosales rocas que les rodeaban, la soledad, la espesa niebla, la mirada extraviada de Txomin (un rayo de locura comenzaba a brillar en sus ojos), la INMENSA CORDILLERA DEL HIMALAYA que hacía sólo un momento habían contemplado bajo ese sol frío de la montaña o, incluso, la más que probable posibilidad de permanecer hasta el fin de los siglos en aquéllos parajes maravillosos e inauditos... todo esto parecía formar parte de la melodía. De tal modo que, más que la música, era la situación en sí lo que representaba el baile de Jagoba.

Entregado en cuerpo y alma a aquella macabra danza, no reparó en la grieta oculta bajo la nieve. E inesperadamente la melodía pareció esfumarse. Jagoba se sintió arrastrado por una mano fría. Sin embargo, antes de desaparecer por el hoyo abierto a sus pies, entornó los ojos y, durante un segundo o durante una eternidad —imposible de precisar—, vio a Txomin sentado en la nieve con la mirada perdida. Cerró completamente los ojos y adivinó el final de su

compañero: una figura quieta en la ventisca, su inteligencia extraviada, incapaz de comprender la situación, desconocedor del inminente final, tal vez feliz (esto, la verdad sea dicha, no tenía gran importancia ni para uno ni para otro).

La casi total verticalidad de la grieta le hacía caer a una velocidad cada vez mayor. Justo en ese momento dejó de pensar en Txomin y, acordándose de la radio, se preguntó a dónde habría ido a parar. En los próximos segundos —quizá fueran años, o siglos o eternidades— dedicó a la radio todos sus pensamientos: si habría finalizado el tema musical, cuál sería la próxima melodía, cuántas lenguas hablaría el locutor de la radio, si esa noche se acostaría con una mujer, si la caída estropearía la radio... ¡ESTROPEARSE! ¡ESTROPEARSE! gritó en su pensamiento sobresaltándose con terror infinito.

Y continuó cayendo por la grieta como por un tobogán, revolcándose en el universo creado a saber por quién, deslizándose en la nada y el todo. Y por primera vez en su caída sintió miedo. La posibilidad de que la radio hubiera enmudecido lo envolvía en un terror negro y espeso. Precisamente por esta razón, es decir, para huir de su pánico, imaginó que escuchaba la radio —porque yo no creo que la escuchara realmente— recobrando así de nuevo la tranquilidad (como si en ello hubiese hallado el consuelo de un dios).

El final del «viaje» le llegó de forma inesperada. En el fondo de la grieta, según suele ser habitual en tales lugares, habían ido formándose estalagmitas tan afiladas como espadas. Y en ellas quedó clavado.

Aún movió los labios durante unos instantes, siguiendo el ritmo de una melodía imaginaria, hasta que fue tocado por las blancas alas de la Muerte.

¿Y la radio? La radio, sin sufrir una sola avería, había realizado un camino más largo que el de Jagoba. O, mejor dicho, lo estaba realizando, ya que habiendo tomado otro camino distinto del de Jagoba, no había llegado todavía a final de trayecto. Y sin que el locutor pudiera siquiera sospecharlo, su voz se dirigía hacia las profundidades más heladas de la tierra, unida indefectiblemente a aquél viaje sin retorno.

Durante largo rato cayó y cayó, hasta aterrizar en un blando montón de nieve, donde continuó hablando. Y como un hielo más entre los hielos, como si de un habitante originario se tratara, semejante a las divinas cumbres e ignorando que su presencia en aquél paraje estaba fuera de lugar, la estúpida voz de la emisora tan pronto reía como estallaba en un grito de gozo cantando el gol conseguido por el equipo local; y a continuación, una empalagosa voz de mujer hablaba respecto de las dificultades por las que atravesaba la economía internacional y casi inmediatamente anunciaba la muerte en la India de mil quinientas personas —la mayoría niños— en el incendio producido en un hospital y daba noticia asimismo del terremoto ocurrido en no sé qué país y que los muertos se contaban por miles pero que las naciones del mundo ya habían empezado a enviar ayuda... en nombre de la solidaridad

Radio	del		
Futuro	un día más	con	vosotros
	levanta	o	llegarás
tarde	al		traba

CANCIÓN PARA EDURNE

0

Historia de la Fuente llamada Edurne³

Hablar de ti —tan lejana— y no sentir la tristeza. Edurne. Y en el perfil del nombre, sin apenas recabar una expresión, la imagen que se esfuerza en regresar de un mundo incierto sobre el que no voy a decir «se quedó atrás» porque tal vez no quedó en sitio alguno.

Laboa y el Gernika y algunas borracheras. También había un alféizar y un intenso aroma a suavizante en el jersey y, no tenía intención de ocultarlo, algunos "porros" ahumados con subversiva y religiosa clandestinidad. A un lado sensiblerías horteras y resignación de memorias.

Cada vez que imagino tu muerte. Al borde de un camino siempre desierto. Sentada contra el tronco seco de un árbol que se ajusta. Al paisaje nada tenebroso. En el corazón de la tormenta de nieve. A cada instante. Más intensa y pálida que nunca.

Y la nieve te abriga. Mientras tus ojos cerrados. ¿Los abres súbito, mirando con temor?

No sientes: fue tu certeza del inminente morir.

³ *Edurne fue una amiga de la pubertad. Un día cogió la mochila y partió a recorrer mundo. No regresó nunca. Desapareció en algún lugar de Europa. (N. del E.)*

Es de noche y regresas precisamente hoy que es de noche, ¿por qué no permaneces para siempre?

Hace un instante el miedo. Era la Muerte (me pareció... quería tocar mi mano); sin embargo, al pensar en ti. ¿Cómo se puede temer la muerte sabiendo que ella...? El mensaje de los que quisimos: no estamos lejos.

Que la ciudad te olvide (¡no poseo una sola fotografía tuya!).

Tu nombre inscrito en la placa de una manzana de casas o en el largo de una imponente avenida sería tan ridículo como lo soy yo, sin embargo qué magnífico en una plaza enana y escondida, o aún mejor, en el llano de una pequeña fuente excusa de la sed. Homenaje a tus oscuros, heroicos y generosos años: catorce, quince, dieciséis...

Golpeas en la puerta:

—¿Vamos?

Pero a veces no hay nieve ni árbol ni muerte natural. «*Le dieron el palo*». Al acabar debió esconder tu cuerpo (¿o serían más de uno?) en alguna fosa oculta para siempre. ¿Un vagabundo? ¿Dos delincuentes que por azar coincidieron en el mismo camino y de los cuales tan sólo uno habría de llegar a la ciudad? ¿Algún campesino brutal como la tierra? ¿Y el lugar? No cavilaré acerca de tus huesos, no distinguiré tu cuerpo ensartado en el rayo...

Eduardo: un susurro que el viento pronuncia.

¿Culpables? Por supuesto. La sociedad de la época y —¡cómo no!— nuestra divina obstinación de adolescentes.

Ansiamos la libertad de los individuos solos, y

tras ella hubimos de esforzarnos. Otros, la mayoría — nunca fuimos de la mayoría—, permanecieron con los brazos cruzados babeando amenazas, responsabilidades y recomendaciones con las que únicamente supimos limpiarnos el trasero, porque a nuestro entender «ellos» nunca se darían cuenta de lo que significaba «aquello» (consecuencia de vivir en la frontera y tener un pobre bagaje cultural).

Libertad que asumimos como necesidad (quizá lo único a lo que no claudicamos en nuestro ingenuo transcurrir), comprometidos de lleno hasta esa muerte dulce y brutal, viajando y cayendo a través del último y gran agujero del universo para por fin regresar con las manos vacías —los que regresamos—, limpios y humillados, como si nada hubiera ocurrido, listos para volver a empezar.

¿Errores y equívocos? ¿Incluso el mismo punto de partida...? ¿Quién traspasó los umbrales de «El Dorado»? ¿Tú? Nadie se hacía tantas preguntas: ¡éramos tan espléndidos!

Si bien es cierto que existen muchas interpretaciones. Y que es difícil entender hasta lo imposible.

A las cuatro de la mañana con el sigilo de un pez acaba de llegarme tu recuerdo por alguna razón imposible de atrapar en mis palabras.

Propongo beber una botella. Y comenzar de nuevo sin cambiar. Al fin y al cabo, las razones sólo desde aquellos años podremos entender.

Y si no hubieras desaparecido. Al encontrarnos en cualquier calle de esta ciudad cualquiera. Ni siquiera un saludo.

Es la hora para que cada cual regrese. Mejor

sin fotografía. De todos modos, algún día podría pedirle una a aquél muchacho —o a nuestra amiga en común—, del mismo modo que a ti podría preguntarte por tu dirección. ¿No?

SIEMPRE ESTA LLUVIA

Dos veces rodé por el suelo y él otras tantas me ayudó a levantarme. Poco a poco iba haciéndome dueño de la realidad, a pesar de que todavía permanecía bajo los efectos de la borrachera. Alcé los ojos y sentí un dolor intenso en el brazo izquierdo consecuencia de la última caída. La sonrisa piadosa que reflejaba el rostro de Manu daba vueltas y vueltas en mi cabeza junto con las últimas palabras de Anjela. «Anjela», creo que murmuré. Y lancé una carcajada que sonó entre vacía y rencorosa.

Los recuerdos desbordaban mi cabeza y, a fin de ahuyentar aquellas penosas imágenes, sacudí de un lado a otro mi cabeza empapada de alcohol. Al doblar la esquina busqué a Anjela con la mirada, instintivamente. Pero fue en vano. Y como si no fuera suficiente, la humillante piedad de Manu justo ahí, al lado mío, semejante a un fiel y odioso perro que no comprende nada.

La voz de Manu, justo detrás de mí exclamó:

—Vamos, vamos. No será para tanto.

«¿Qué pensará este perro fiel de todo esto?»
pensé para mí.

—No puedo vivir solo, Manu. ¡No puedo!

—¿Y no sabes por qué te ha dejado...?

—¡Y yo qué sé! No le hice nada...

Este entrometido quiere saber demasiado de

mi vida privada. Pero no le daré ningún detalle. El muy majadero...

«¿Puedo quedarme?» fue la asombrosa y deseada pregunta de Anjela cuando apareció en mi casa por primera vez. Durante los últimos meses había vivido aguardando esa pregunta.

—Trata de andar, majo. ¿O es que quieres pasar la noche en la calle?

—Tranquilo, colega, tranquilo...

—¿Crees que has llegado al final de tu vida? Hay cientos de chicas aguardándote. ¡Animo, Inazio!

«Cientos de chicas». Tiene veinticinco años y aún no sabe qué es una chica. ¡Ja! Mejor haría en darse consejos a sí mismo. Estúpido. De todos modos, hay que reconocer que este perro fiel tiene una paciencia...

Aunque no lo deja entrever, mi perro Manu está muy contento hoy. Como Anjela se ha marchado, cree que ahora me abandonaré en su compañía.

«Hola» fue el inmediato saludo de Anjela a la mañana siguiente de nuestra primera noche. ¿Y yo qué le respondí? Creo que le respondí con una sonrisa irónica... sí...

—Muévete, Inazio. Tenemos la txakurrada ahí mismo.

—¡Que se vayan al cuerno ellos también!

Cuando comencé a vivir con Anjela este tonto por antonomasia se puso celoso. Parece estar enamorado de mi. Me quiere como si fuera su esposa. ¿Será homosexual?

Ojalá Anjela regrese. Pero no debo esperar tal cosa. Al final casi ni nos hablábamos. Me he quedado más solo que la una. «Ven».

—¿Llevas el carné?

—¿Para qué?

—Te lo he dicho. La poli.

—Pues no sé si lo llevo encima... No. Lo he debido de perder. Sí, junto con la cartera... Olvidados en algún bar... En el último pub en el que hemos estado, seguramente.

—Buena noche. Carné, por favor?

«Pareces un hippie» me dijo una vez Anjela, riéndose. «Claro» le respondí yo. «Voy a ordenarte un poco todo esto» añadió. Y yo «No te molestes.» «Te dejará los libros como están.» «Si quieres...»

—¿Qué le paza a zu amigo?

—Le ha dejado la novia y... —comenzó Manu.

—¿Zergatik ez diezu esaten nire galtzontziloen kolorea? —le interrumpí colérico.

—Hable en criztiano, coño. A ve ssi me mozqueo y l'arrmamo.

«Y l'arrmamo»

Me va a costar reponerme de este golpe. Hace tiempo que dejé atrás los veinte años.

¿Por qué ha mencionado Manu lo ocurrido con Anjela? Mi perro fiel es más tonto de lo que pensaba. Voy a tener que echarle una buena bronca. Y el sabe que voy a echarle una buena bronca. Tengo ganas de vomitar. Voy a ensuciar los zapatos del poli.

—¿Qué diablo hase zu amio? Ze va a recordar dezta!

—El pobre está borracho, mi sargento.

—¿Qué zargento ni qué polla: cabo! Me vaz a venir a mi dándome coba. ¡Listo!

—Zer dio honek, Manu?

—Ez mintza euskaraz, Inazio. Gaur ez dugula etxean lorik egingo gero!

—Mardita zea! ¿No lez he dicho pa'hablá en criztiano?

—Si es que le ha dejado la neska, mi sargento y...

—¡Que le ha dejao quién!

—Pues eso, ba. La neska. Inazio, nola esaten da espainolez?

—¡Qué tié uzté en contra de lo español! Y dígale a zu amío que no ze ría o no rezpondo.

Le di mi palabra a Anjela de que no volvería a chiquitear. Y así lo cumplí durante dos largos meses. Me aburría. «Hoy saldré a dar una vueltecita», y Anjela me respondió con una sonrisa enfadada y triste. La besé y le acaricié las mejillas poco antes de salir.

Debían de ser las cinco de la mañana cuando regresé.

Anjela comenzó «No puedo soportarlo, Inazio, no puedo.» Y escurrió el cuerpo para evitarme. «Maldita puritana» pensé para mi, tambaleándome. Incliné un poco la cabeza y pregunté «Anjela, ¿qué te ocurre?» No respondió. Por fin, como no tenía sueño entré, comí un poco y me quedé dormido encima de la mesa de la cocina.

Hacia las nueve de la mañana Anjela entró y dijo «Hace cuatro horas que has cenado. ¿Quieres el desayuno?» «Bueno» respondí. Portazo.

Dos horas más tarde la encontré asomada a la ventana «¿Todavía estás enfadada?» Tampoco esta vez respondió. «¿A dónde miras?» le pregunté reconciliador. Y ella, levantando los hombros, respondió al

cabo de unos tensos segundos «Siempre esta lluvia.» Lo dijo con rabia. Por seguirle la corriente eché un vistazo afuera. «¡Cuánta gente!» comenté. Y ella, sin hacer caso alguno, se irguió en dirección a la puerta y gritó «¡No sabes lo odioso que puedes llegar a ser!» Y se fue. Y yo me quedé mirando a la lluvia. «Claro, la lluvia...» pensé.

—Váyanze, váyanze lo do de aquí ante de que m'enrrepienta.

—Bai, sí, sí. Ya nos vamos.

—M'ha pringao lo zapatoz er serdo eze. ¡Dio!

«¿Quieres traerme un poco de vino, Anjela?

Vaya mirada que me echó. «Al acabar, limpia tú mismo los cacharros. Yo no voy a seguir siendo tu esclava, Inazio.» ¿Qué le impulsaría a tomar esa decisión? Puede que vivir conmigo no resultara muy agradable, pero hasta el punto de preferir vivir sola... Ella sola, yo solo...

—Vale más que nos vayamos de aquí.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A casa. ¿A dónde si no?

—No quiero ir a casa.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero ir a casa.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—No lo sé, no lo sé...

—Si quieres puedo quedarme en tu casa a pasar la noche. Te haré compañía...

¿Será homosexual? Aún no le he echado la bronca. Es igual. Ahora no tengo ganas de empezar a gritar. Es simpático este Manu... y repugnante al mismo tiempo.

No me dirigió la palabra en tres días. Andaba por casa como un fantasma. Cuando quería era más cabezota que un borrico. «Trataré de portarme lo mejor posible, Anjela.» Ella, sin embargo, «No es suficiente, no es suficiente.»

Al principio todo fue estupendo, un puro paraíso...

—¿Qué dices de un paraíso?

—Tranqui, mi querido San Bernardo. Tú encárgate de conducir a tu amo por el buen camino.

—No te entiendo, pero me parece que ya has empezado a insultar.

—Como siempre, ¿no? Sin embargo, las recibes todas sin decir ni mu.

—Te aprovechas de la debilidad que tengo por ti.

—Idiota. ¿Qué tal tus papaítos? ¿Te cuidan bien? Ja, ja.

La lluvia ha comenzado a penetrar en mi ropa.

Anjela se encerró en la habitación sin dejar de llorar. «Anjela, abre la puerta, por favor. No volveré a beber. Anjela, abre la puerta. ¿No has oído? ¡Anjela!»

—¡Anjela! No volveré a beber! ¡Anjela!

Manu, muy emocionado:

—Tranquilo, amiguito. Tranquilo.

—¡Tú qué diablos dices! ¡Sabandija!

—Bien, bien. Insúltame. Si eso te hace sentir mejor...

Como cuando acabé en un burdel. Mejor no recordarlo. Aquél cuartucho inmundito... Al salir era como si hubiera muerto por dentro. Y una vez en casa, la voz de Anjela «¿Dónde has estado hasta tan tarde?»

Respondí «En casa de un amigo. Ya sabes, *charla que te charla*.» Y sentía que el corazón me latía a cien por hora, como si fuera a estallar. Aunque no se lo creyó, Anjela guardó un silencio resignado. Poco antes de acostarme la imagen del cuartucho inmundo saltó implacable a mi cerebro restallando como un látigo, acusándome. «Ahora vuelvo» le dije a Anjela saliendo de la habitación. Vomité en el cuarto de baño. Arroqué la cadena, restregué los dientes con pasta dentrífica y regresé a la habitación donde encontré a Anjela completamente desnuda encima de la cama.

No me dirigió la palabra en cuatro días excepto para responder con monosílabos a mis preguntas. Viendo que mis tentativas de reconciliación eran inútiles, una noche llamé a un par de amigos y para cuando regresé a casa de nuevo tenía una borrachera de padre y señor mío.

Fue una parranda inolvidable.

Al regresar, estaba hurgando en la puerta tratando de acertar con la cerradura, y en esto la puerta se abrió de un golpe y apareció Anjela con un rostro absolutamente encolerizado. «¡Lo siento! ¡Lo siento!» balbucí.

En las próximas semanas todo fue estupendamente. Pero cuando miraba a los ojos de Anjela, adivinaba que aquella tranquilidad no duraría mucho.

—Si vieras a Anjela dile que...

—¿Qué quieres que le diga?

—Dile que me voy a pegar un tiro.

—Vamos, vamos. No será para tanto. Además, eso sería un chantaje.

—¿Un chantaje? ¿Por qué?

—Si Anjela quiere dejarte, tiene todo el derecho del mundo. No eres un muchacho de quince años. Las fuerzas para vivir tienes que buscarlas en ti, y no en los demás.

—Me has salido todo un humanista... de feria.
Ja, ja.

—Y tú un hortera: «*Dile que me voy a pegar un tiro*».

Responder con monosílabos solía ser el recurso que Anjela utilizaba para mostrar su enfado. «¿Quieres que cenemos fuera hoy?» «No.» «Otra vez está lloviendo» «Sí.» «Hoy echan una buena película en la tele.» «Tal vez.» Y así hasta que desaparecía el enfado, y, por supuesto, hasta que volvíamos a enfadarnos.

—Ya hemos llegado.

—¿A dónde?

—A tu casa, claro.

—¡Ah!

—¿Quieres que suba?

—No, no es preciso...

—Buenas noches, Inazio.

—Lo mismo digo.

«Esta lluvia parece no vaya a cesar nunca» piensa Manu camino de su casa.

Su rostro muestra un aspecto abatido. «Menos mal que no le he dicho nada» se dice a sí mismo con los ojos clavados en los baldosines grises que pisa como si caminara por la nada.

Los árboles de la ciudad parecen susurrar una denuncia vergonzosa en los oídos de Manu. «Sólo quería estar un rato con ella», murmura. Al entrar por una bocacalle el viento se detiene, como si huyera de él. «Sin embargo, la cosa no quedó en una simple charla. Acabamos haciendo el amor. Y más en serio de lo que en un principio imagináramos. Ni siquiera sé cómo pudo ocurrir.»

Cada gota de lluvia que golpea el rostro de Manu aumenta el sentimiento de culpabilidad que le domina. «He perdido a Inazio para siempre.» Manu necesita de calor más que la fría noche. «Para siempre» pronuncia en voz baja metiendo la llave en la cerradura del portal.

Manu sube los escalones de madera como si caminara bajo un peso aplastante. El crujido de la madera a cada paso retumba en su cabeza y le persigue tal si hubiera transgredido una suerte de ley sagrada.

En el salón discierne la silueta de una mujer junto a la ventana, mirando a la calle:

—¿Qué haces aún levantada, Anjela?

—¿Se lo has dicho?

—No. Me ha faltado valor...

Anjela, apartando los ojos de Manu y volviéndolos hacia la noche espesa más allá de la ventana, exclama débilmente:

—Siempre esta lluvia...

De pie en medio de la habitación, cabizbajo, Manu responde:

—Sí, siempre...

UNA BONITA SORPRESA

*Perdónalos, Señor, porque
no saben lo que hacen.*

—Eneko, ¿cuándo vas a dejar el vicio del tabaco?

Hacía ya veinte años que el médico repetía a Eneko la misma pregunta. Y otros tantos llevaba Eneko replicando:

—La próxima semana, sin falta. ¿No se lo cree? Ya verá, ya.

Y el médico, en tono burlón:

—Por suerte no eres muy aficionado a beber. Si no, me ibas a dar mucho trabajo.

Y ambos se echaban a reír, como si la broma repetida durante veinte años fuera la primera vez que la escuchaban.

Sin embargo, en aquella ocasión no estaban de humor para bromas.

—¿Cáncer?

—Sí, Eneko. Siento ser portador de malas noticias, pero así es...

—¿Cuántos años de vida cree que me quedan?

—¿Años? Querrás decir meses.

—¡Meses!

—No creo que te queden más de seis meses.

—Seis meses...

Al salir de la consulta se detuvo un instante

para mirar al sol, y dejó que el astro amarillo llenara de calor su cuerpo. «Siete meses» recordó. Y tras volver en sí del éxtasis en que se hallaba, se encontró en medio de una ruidosa y animada calle.

Tan pronto como llegó a la embarcación que tenía amarrada en el muelle, la soltó y dirigió la proa hacia mar abierto, tal y como solía hacer cuando algo le preocupaba.

Salvo estas salidas al mar, Eneko no tenía ningún otro tipo de diversiones —y las pocas que se le ofrecían trataba de soportarlas lo mejor posible: ver películas, realizar algunas visitas de cumplido...

Con el mar era distinto. No sabía de dónde le venía exactamente la afición, pero aquella inmensidad siempre en movimiento le ofrecía algo más que una mera evasión de la realidad cotidiana. Y para un hombre dado a soñar como era él, no había nada que pudiese equipararse a la sensación de hallarse en una patria cuya única limitación eran el cielo y el agua. Por otro lado, la pregunta que todos solemos hacernos, él se la planteaba allí, en los incansables vaivenes de las olas.

Si algo había más hermoso que el mar para Eneko, sin duda debía ser Julene, su esposa.

Cuando conoció a Julene, le pareció que un fragmento del cielo azul se hubiera desprendido hasta alcanzar sus ojos. Y la primera noche que se acostaron juntos, inclinó la cabeza y con el oído pegado al vientre de ella permaneció así durante largo rato, tal si escuchara sonidos de caracola de mar. La piel de Julene se le antojaba cubierta de salitre, y su corazón repleto de ecos marinos.

«¿Cómo se lo voy a decir a ella?» pensaba Eneko al regresar del paseo marítimo y mientras amarraba la chalupa en el muelle. Luego, subió por las escaleras de piedra del malecón y, de regreso a casa, volvió la mirada hacia los lejanos y numerosos recuerdos que guardaba del pasado.

Los escasos doscientos metros que separaban su casa del muelle los realizó sin apenas darse cuenta, acuciado por un vivo deseo de ver a Julene.

Permaneció pensativo ante la puerta, eligiendo las palabras adecuadas con las que explicar a Julene la desgracia. Podía imaginarse la primera pregunta que le haría «¿Qué estás haciendo aquí tan temprano? ¿Por qué no estás en la oficina?» Hizo ademán de llamar al timbre —por lo general nunca utilizaba la llave cuando regresaba a casa—, pero cuando fue a pulsarlo se quedó sin fuerzas, así que decidió abrir él mismo la puerta.

Las voces procedentes del piso superior le impulsaron a no permanecer por más tiempo en el descansillo de la escalera. Y tras forcejear un poco con la cerradura, entró sigilosamente en casa.

Una vez dentro, el alegre y no demasiado largo pasillo iluminado por la luz del mediodía salió a recibirle, junto con los gritos de las gaviotas que podían oírse desde las ventanas abiertas.

Los primeros pasos dados en el corredor levantaron suaves quejas en el suelo de madera.

En seguida, llegaron hasta él los acordes de

una guitarra que interpretaba melodías de los siglos XV-XVI —su esposa era muy aficionada a la música clásica— y se dirigió con paso inseguro hacia la habitación de la que procedía la música.

Sin embargo, la melodía se detuvo repentinamente y Eneko pudo escuchar las voces de dos personas: una, la de su mujer; la otra, la de un hombre que no conocía.

Se apoderó de él un violento temblor, y para no caer al suelo incluso tuvo que sostenerse contra la pared. No sin gran esfuerzo, consiguió mantener el control de sí mismo y, sin levantar el más mínimo ruido, avanzó pegado a la pared y miró a través de la hoja de la puerta semientornada. La cabeza de un hombre joven y bello, de unos treinta años, reposaba sobre el regazo de Julene, mientras que ésta acariciaba el pelo negro, largo y rizado del desconocido. Los dos reían y hablaban en animada conversación. Y no se interrumpían si no era para darse un beso.

Sin pararse a pensar ni un sólo instante, se incorporó y retrocedió hasta la puerta procurando no hacer ningún ruido. Y cuando ya estaba a punto de salir, unas carcajadas alegres e hirientes, que sin lugar a dudas provenían de los amantes, lo detuvieron por apenas un par de segundos. Luego, una ira intensa y un odio profundo se apoderaron de él. Descendió los escalones, salió de nuevo a la calle y dirigió sus pasos hacia la chalupa que durante veinte años le había sido fiel. Era como si su mirada hubiera quedado atrapada en un invisible agujero negro.

Mientras tanto, Julene y el supuesto amante continuaban en la habitación ajenos a la inesperada visita:

—¿Por qué no enviaste nunca una carta, Joxe?

—No lo sé... Ya sabes que fueron muy especiales la mayor parte de los años que pasé en esta ciudad.

—Sí, viviste dando la espalda al mundo, encerrado en casa de los padres.

—Así es. Por eso, cuando me propusieron trabajar en un mercante no lo pensé dos veces y...

—... y te fuiste sin decir a nadie ni tan siquiera adiós.

—Bueno, os dejé una nota a ti y a los padres.

—Nuestra pobre madre se pasó dos meses enteros sin poder levantarse de la cama.

—Estaba muy atada a mi.

—Y tú a ella.

—Quería olvidarlo todo.

—¿Incluso a tu hermanita?

—Siempre te he recordado.

—¿De veras?

—Claro que sí. ¡Todos los días! ¿Cómo no habría de acordarme de mi hermanita?

Al pronunciar estas últimas palabras Julene besa y abraza a su hermano. Luego, durante un momento quedan silenciosos, tal como estaban antes, es decir, Julene sentada en el sofá y Joxe tumbado cuan largo era con la cabeza en el regazo de su hermana. Julene es la primera en romper el silencio:

—¿Recuerdas cuando íbamos de visita al case-río del tío Martín?

—Sí, solíamos sentarnos bajo el cerezo tal y como estamos ahora.

—Te contaba cuentos.

—A los padres se les caía la baba al vernos.

—Dentro de un par de horas conocerás a Eneko.

—¿Es simpático?

—¡Oh, sí!

—Le quieres mucho, ¿no?

—Sí. ¿Sabes? El también es muy aficionado al mar. Casi todos los días sale a dar un paseo en barca.

—¿Va de pesca?

—No, no. Sólo a pasear. Le sientan bien esos breves paseos. Trabaja en una oficina.

—Comprendo. Creo que nos llevaremos bien.

—Siete largos años desde que desapareciste.

—Siete largos años...

El timbre del teléfono interrumpe la conversación de los dos hermanos.

—¿Dígame?

—Soy Eneko. Hoy comeré fuera.

—¿Fuera? Pero...

—Luego te lo explicaré. Agur.

Sólo el silbido telefónico responde a la extrañeza de Julene.

—Era Eneko. No viene a comer.

—Bueno, entonces no lo voy a poder conocer hoy.

—Vendrá por la tarde. Después de siete años sin vernos no me dirás que tienes prisa.

—No te enfades, pero a las cinco debo estar en el barco.

—¡No!

—Me temo que sí.

—¿Cuándo regresarás?

—Voy a estar muy ocupado los próximos tres días. Hagamos una cosa. No digas a Eneko nada de mi. Dentro de cuatro días, es decir, el viernes, vendré hacia el mediodía y le daremos una bonita sorpresa.

—No sé si seré capaz de guardar el secreto...

—¡Vamos! De pequeños no había nadie como tú a la hora de guardar un secreto.

—¡Conforme! Lo haremos tal y como deseas.

Una vez hubo salido de casa y tomado el camino del puerto, los ojos de Eneko brillaron con más ansia de venganza que los ojos de un mar enfurecido. Y cuando llegó al lugar donde solía amarrar la barca, su rostro irradiaba más frialdad incluso que la del inhóspito fondo marino. «Maldita zorra» murmuró entre dientes al tiempo que maniobraba la chalupa.

Cuando ya estaba a unas cuantas millas de la costa, las olas le susurraron al oído la perfecta venganza en contra de su esposa y el supuesto amante de ésta.

Las noticias y comentarios acerca del SIDA eran cosa de todos los días. «Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida» pronunciaron sus labios lentamente, y acto seguido lanzó una carcajada que se hundió en el sereno paisaje.

Una gaviota le miró con curiosidad desde el aire.

«Esos dos cabrones no se olvidarán tan fácilmente de mí» se dijo, y enfiló de nuevo hacia el muelle con una decisión firme reflejada en sus ojos.

Una vez en el puerto, amarró la barca y se dirigió al centro de la ciudad. Luego, pasó por el Banco y continuó caminando mientras palpaba el voluminoso fajo de billetes que llevaba en el bolsillo y que acababa de sacar del cajero automático.

Atravesaba las calles de la ciudad sin fijar la vista en ningún sitio. Así hasta llegar al barrio frecuentado por las prostitutas.

Se detuvo ante una pobre mujer de unos cincuenta años y de aspecto repulsivo, y a punto estuvo de renunciar a sus propósitos y salir corriendo de aquél lugar. Sin embargo, al recordar la razón por la que se encontraba allí, recobró el ánimo suficiente para continuar con su empresa.

—¿Cuánto?

La mujer pronunció un precio y acto seguido desaparecieron en un destartalado portal.

Mientras tanto, Julene, luego de despedir a su hermano y todavía bajo los efectos de la embriaguez que la llegada de Joxe le había producido, yacía recostada en un sillón y casi difuminada entre las motitas de polvo que flotaban a la luz de los rayos de sol.

Julene era hermosa, tan hermosa como una estatua griega. Alrededor de un metro ochenta de estatura, ojos esmeralda, de cabellos rubios, una línea

perfecta de dientes blancos, manos tan finas como las de una violinista y unos pies increíblemente delicados. A cada movimiento parecía poder vislumbrarse al Genio de la Belleza. A pesar de todo no era en absoluto engreída. Encantadora, esta mujer por cuyo pensamiento jamás cruzó una sola intención obscena.

En la miserable habitación de la prostituta, Eneko la observaba desvestirse.

—¿Qué ocurre? ¿No vas a desnudarte? —le preguntó malhumorada a Eneko.

—¿Tienes el SIDA? —preguntó Eneko a su vez.

—Si lo tuviera te lo diría —irónica.

—Quiero saberlo —insistió Eneko.

—Si tienes miedo, utiliza el condón y punto.

—Quiero que me contagien el SIDA.

La prostituta se detuvo y frunció el ceño. Por fin exclamó:

—Tú estás mal de la cabeza.

Eneko sacó las cien mil pesetas que llevaba en el bolsillo, y depositándolas encima de la mesa, dijo:

—Si me conduces hasta una prostituta que tenga el SIDA, ganarás estas cien mil pesetas.

—Pero, ¿por qué...?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Vas a llevarme hasta una enferma de SIDA sí o no?

—Conozco a una. O, a decir verdad, conozco a más de una —se ríe.

Eneko era de esas personas que, una vez

tomada una decisión, no se echaría atrás por nada del mundo.

«Jamás hubiera imaginado que Julene pudiese engañarme» pensó mientras caminaba tras la prostituta a través de las callejuelas del viejo barrio.

Cuando llegaron a un portal de aspecto tan abandonado como el anterior, subieron los peldaños hasta llegar a una puerta abierta por la que penetraron. La casa estaba sumida en una oscuridad casi absoluta. Debido a la humedad, más que en una casa era como si se encontraran en una bodega.

En una pieza sucia de paredes negras, semio-culta bajo mantas y sábanas grasientas, Eneko vio un rostro febril que parecía no haber recibido de la vida otra cosa que infortunios. La mujer que yacía en la cama dijo:

—¿Qué quieres? ¿Es médico el que viene contigo?

—No exactamente... Quiere acostarse contigo —respondió la mujer sin poder reprimir una risita.

—¿Connmigo? ¿Sabe que...?

—Sí, se lo he dicho —le interrumpió la otra.

—¿Y... ?

—Quiere contagiarse del SIDA. Parece ser unos de esos suicidas.

—Un suicida muy original —bromeó la enferma.

—Me ha dado cuarenta mil pesetas por traerte hasta ti. —Eneko no se molestó en corregir la cantidad mencionada por la prostituta, sino que permaneció en silencio de pie junto a la puerta, con sus pensamientos en otro lugar, indiferente a la escena—. La mitad es

tuya —añadió.

—Muy bien. El sabrá lo que se hace —dijo incorporándose en la cama—. Ven, cariñito mío, voy a hacer que pases los mejores momentos de tu vida —y acabó la frase con una carcajada sórdida.

La otra prostituta, también riéndose, abandonó la habitación.

Las flores del balcón despiden un aroma especial. Julene se apercibe del olor de las flores y un temor inexplicable se apodera de ella. «¿Por qué me angustia el olor de las flores?» se pregunta. Sopla una brisa ligera que mece las flores pendientes de sus tallos. Pero ese mismo movimiento oscilante adquiere un sentido amenazador. Y lo mismo ocurre con todos los objetos de la habitación hasta hace un momento llenos de encanto: el vaivén de las cortinas, la hiedra sobre el centro de la mesita, las motas de polvo flotando en el aire al trasluz de los rayos de sol... En un intento por deshacer el hechizo, abandona apresuradamente la habitación y a través del pasillo llega hasta su cuarto, donde recupera de nuevo la serenidad.

Mientras se vestía, Eneko reparó en la jeringuilla usada que yacía en el suelo. La recogió, y sin dudarle un sólo instante, se la clavó en la vena más gruesa que pudo encontrar en su brazo izquierdo.

—No hay quien te entienda —le dijo la prostituta—. Si todo lo que deseas es suicidarte, ¿por qué no buscas otro modo más... agradable?

Sin prestarle atención, terminó de vestirse y bajó a la calle. Luego, se encaminó hacia su casa.

Cuando llamó al timbre sentía una tranquilidad fría y vacía dentro de sí. Al cabo de unos segundos, se escucharon los pasos de Julene dirigiéndose a través del corredor.

—¡Ya era hora! —exclama Julene con alegría.

Eneko entra en casa sin mediar palabra.

—¿Te ocurre algo, Eneko? —le pregunta Julene con extrañeza.

Una vez en la sala se deja caer pesadamente en el sofá. Julene se sienta junto a él.

—No tienes muy buen aspecto.

—Tranquila. No es nada.

—¿Quieres cenar?

—No, gracias.

—Llegas muy tarde hoy.

—Traté de venir lo antes posible, pero...

—¿Dónde has estado?

—He tenido que ir a comer con unos clientes y dos de la oficina. Luego, ya sabes: una copa aquí, otra allí...

—¡Eh! ¿Qué haces? —riéndose— Aquí no. Vamos a la cama, al menos —protesta Julene tratando de zafarse de los brazos de él.

—Aquí sí. Y en la cama, más —responde Eneko sin hacerle caso.

—¿Qué has bebido? ¿Copas o afrodisíacos?

Durante los siguientes tres días Julene se extrañaría bastante de las continuas peticiones sexuales de su marido, hasta llegar incluso a incomodarla. Para colmo, al día siguiente de aquella noche Joseba apareció en casa diciendo que en la oficina le habían concedido una semana de vacaciones. Y pasaba todo el día encerrado sin salir para nada, poseído por una inagotable pasión hacia el cuerpo de Julene, igual que un hambriento adolescente.

De todos modos, confiando en que pronto se le pasaría, decidió que lo mejor era no decirle nada. Por otro lado, Eneko siempre se había comportado correctamente con ella, así es que el descuido de unos pocos días estaba dispuesto a perdonárselo de todo corazón.

Y por fin llegó el viernes.

—Para hoy viernes te tengo guardada una bonita sorpresa —le comentó Julene.

«Una bonita sorpresa» repitió para sí. «También yo te he preparado otra bonita sorpresa, cerda» pensó. Y haciendo desaparecer la sonrisa cruel dibujada en sus labios, le respondió con alegre y amable tono:

—¿Una sorpresa?

—Sí, tú mismo la podrás ver dentro de un par de horas.

—¿Por qué has puesto cubiertos para tres?

—Eso tiene que ver con la sorpresa que te he mencionado.

—¿Quién es? —preguntó Eneko un tanto

extrañado.

—Ya verás, ya verás —y desapareció hacia la cocina.

A las dos en punto habría de saber Eneko en qué consistía la mencionada sorpresa.

Al escuchar que llamaban a la puerta hizo gesto de levantarse para ir a abrir, pero Julene se lo impidió con un «Ya voy yo». Y cuando vio aparecer en el salón colgado del brazo de Julene a Joxe, es decir, a quien tenía por el amante de su esposa, fue tal su asombro que dejó caer al suelo el vaso de vermouth que sostenía en una mano. No hace falta describir la cara de estupor de Eneko.

—Olvídate del vaso y escucha. Te presento a quien tantas veces te he solido mencionar: mi hermano Joxe, el que se fue de marino en un mercante hace siete años y de quien no habíamos vuelto a saber nada.

—¿Cuándo... cuándo has regresado? — pregunta en medio de un tartamudeo.

—Hace cuatro días que tocamos puerto. Y tan pronto como puse el pie en tierra, lo primero que hice fue venir a veros. Claro que no sabía vuestra dirección. A decir verdad, ni siquiera sabía que mi hermanita se había casado.

—Pero... pero yo no te conocía hasta hoy y sin embargo dices que viniste a vernos hace cuatro días — protesta Eneko con un rostro cada vez más lívido.

Joxe, riendo, le responde jovial.

—El lunes Julene y yo estuvimos esperándote, pero llamaste por teléfono para avisar de que no vendrías a comer. Por otro lado, y como tenía cosas que hacer en el puerto y me resultaba imposible venir a

veros hasta pasados tres días, en fin, le propuse a Julene que no te mencionara nada de mi llegada y así te daríamos una bonita sorpresa.

Al finalizar estas explicaciones, rodea los hombros de su hermana con el brazo y le da un par de besos a los que Julene responde cariñosamente.

Por un instante, la desconfianza se dibujó en el rostro de Eneko. Sin embargo, en cuanto hubo observado con detenimiento a los dos hermanos, su desconfianza desapareció casi inmediatamente: el parecido entre ambos era más que evidente.

Julene, percatándose de la palidez de su marido, preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí... sí...

Durante la comida Eneko recordó muchos detalles que Julene le había contado acerca de Joxe. Por ejemplo, de cuando solían ir al caserío del tío Martín, y cómo solían sentarse bajo el único cerezo mientras pasaban la tarde charlando animosamente, Julene recostada contra el tronco de un árbol y Joxe con la cabeza apoyada a su vez en el regazo de su hermana.

Poco faltó para que el desdichado y celoso marido no se echara a llorar.

Afuera el tiempo empeoraba y parecía que se acercaba una galerna.

En la mesa Eneko no dijo prácticamente nada. Y a causa precisamente de su hermético silencio la comida resultó francamente penosa a los dos hermanos, absolutamente lo contrario de lo que esperaban. Cuando estaban ya en los postres, Joxe comentó:

—Creo que pronto vamos a tener mal tiempo.

Eneko, con un tono lejano, respondió:

—Sí, viene galerna. Una suerte de escapatoria...

Aunque no comprendieron el sentido de las últimas palabras, creó una cierta preocupación tanto en la esposa como en el cuñado.

De repente, levantándose de la mesa y lanzando una sombría mirada a la distancia de más allá de la ventana, se precipitó fuera del comedor y se encerró en el lavabo.

Julene dijo a Joxe:

—Perdónalo. Últimamente está completamente cambiado. Yo no sé qué es lo que le ocurre, pero desde el lunes no parece el mismo.

—Tranquila. Ya se le pasará.

Una vez se hubo encerrado en el lavabo, sacó la agenda del bolsillo y escribió las siguientes palabras:

«El lunes, habiendo regresado antes de lo habitual, os sorprendí a ti y a tu hermano uno en los brazos del otro, por decirlo de alguna manera. Nunca había visto a Joxe y es por ello que pensé lo peor.

Llevado por la ira, no pensaba más que en vengarme cuando salí de casa. La venganza, sin duda, ha sido la peor entre todas: me acosté con una prostituta enferma de SIDA con la esperanza de contagiarnos la terrible enfermedad más tarde a vosotros dos. El mismo día, el médico me hizo saber que tan sólo me restaban seis meses de vida. Cáncer.

No te pido perdón porque lo que he hecho no lo merece. Aún así, intenta acordarte de todos los momentos felices que pasamos juntos. ¡Inténtalo, te lo

ruego!

Tal vez algún día seas una caracola de mar y yo la ola que te acariciará.»

Abandonó el lavabo y salió de casa sin despedirse de nadie.

Julene gritó:

—¡Eneko!

El sonido de la puerta al cerrarse fue la única respuesta. Antes de salir a la calle, Eneko introdujo en el buzón la patética y escueta nota que había escrito en el lavabo.

—Joxe, tengo miedo.

—Tranquila, tranquila. Se le pasará.

Joxe piensa para sí «He visto los rostros de muchos hombres desesperados, pero nunca había visto un rostro con una expresión como la suya».

—Tranquila. Se le pasará. Yo prepararé el café.

—Joxe, tengo miedo.

El viento ruge con rabia y levanta retazos de espuma blanca en las crestas de las olas.

Eneko, con una sensación de absoluta felicidad, se aleja en su barca dejando poquito a poco el puerto tras de sí. Siente que es feliz. Se ha hecho a la mar a recabar por una última pregunta. Los sucesos no tienen ya importancia. «Las cosas de los seres humanos son tan sólo juegos del destino. Yo he jugado el mío lo mejor que he podido» piensa con un cierto estilo griego.

La galerna, una auténtica tempestad más intensa aún de lo que habían predicho, hizo zozobrar la barca de Eneko y la envió a la profundidades, donde

reposan los tesoros perdidos de los una vez
sanguinarios piratas.

PERDIDO EN LOS RECUERDOS

Los chavales ríen al pasar junto a un pobre borracho que tantea en el suelo restos de cigarrillos. Murmura un «Cabrones» y de nuevo reanuda la búsqueda.

¿Por qué estarás aún vivo? Es casi imposible soportar todo lo que tú has soportado. Aún así, te obstinas a la vida como si aún tuvieras algo que confiar de ella. Aunque en el fondo sabes que es ya demasiado tarde: los años de tu felicidad son cosa del pasado. Has perdido incluso la consideración y no te resta sino ocultar del mejor modo posible tu corazón roto en un millón de pedacitos.

Hace muchos años que te conozco. ¿Recuerdas? Hará ya unos veinte años apareciste por el pueblo que luego tantas veces habrías de maldecir. En aquella época tu aspecto era sano y robusto.

Sin saber por qué, te apreciaba especialmente entre los demás vecinos del pueblo. Eras mi preferido. Tal vez porque sabías hablar a mis siete años como si realmente fueran los de un hombre.

Los domingos siempre te aguardaba. Y cogidos de la mano nos dirigíamos a la taberna de Paco donde tomábamos un mosto acompañado de aceitunas, ritual en el que nuestra camaradería parecía adquirir un brillo especial. Los vecinos más descuidados se apercebían de lo bien que nos aveníamos. «¡Pues sí que es firme nuestra amistad!»

solías exclamar «Amigos como tú pocas veces se encuentran».

Sin embargo, uno de aquellos domingos que según era habitual me hallaba aguardándote, saliste del portal sin reparar en mí, tu abierta sonrisa de siempre mudada en un gesto doloroso, la mirada extraviada hacia un horizonte inerte, ajeno a los finales. Creo que fue en aquella ocasión cuando sentí, por primera vez, esa amargura que más tarde habría de ofrecerme la vida en tantas ocasiones.

Entré en casa y lloré a trapo tendido en un rincón al tiempo que me preguntaba qué daño podía yo haberte causado.

Hoy día no lloraría por nadie.

Mi madre apareció de repente:

—¿No te ha llevado Antton a la taberna?

Cabizbajo le respondí que no.

—El pobre Antton lo está pasando mal.

Aunque no le pregunté «Por qué», la pregunta se detuvo ahí, en el aire, como un pesado mazo de ferrón. Por fin, luego de un instante de silencio embarazoso, con el dubitativo tono de quien no sabe si hace bien al descubrir tales cosas a los niños, añadió:

—Antton se ha quedado solo.

—¿Solo?

—Dicen que su mujer se ha ido.

—¿Ido? ¿A dónde? ¿Al cielo?

—No, no. Con... otro hombre. Que le ha dejado. ¿No entiendes, o qué? —exclamó con cierto enojo.

Nosotros no vivíamos precisamente en New York, sino en un pueblecito charlatán de no más de

quinientos habitantes en donde las viejas costumbres seguían manteniendo su carácter de referencia natural. No creo que en los últimos veinte años hayan cambiado demasiado esas cosas. Un poco sí, quizá.

«Una vez que empiezan las desgracias, no hay hijo de madre que las detenga», solía ser tu frase preferida de aquella época. «También tú recibirás lo tuyo. Ya verás, ya, si tengo razón o no», añadías.

Con frecuencia acertaba a pasar por delante de tu casa y escuchar así los cantos del canario y del jilguero. Tus explicaciones acerca de los pájaros solía yo recordarlas como si se trataran de palabras bíblicas.

En las interminables tardes del verano las horas transcurrían plácidas una tras de otra, sentados ante el gran ventanal, admirando tu jardín en el que los colores se vertían con plena fantasía, dando pequeños sorbos de la tacita de chocolate que sosteníamos en la mano, o con un caramelo girando incansable en nuestras bocas.

En vano hubieran buscado en todo el pueblo un jardín como el tuyo: rosas, claveles, tulipanes, campanillas, pensamientos, narcisos... ¡Quién sabe cuántas flores y plantas diferentes no tendrías en aquella suerte de paraíso!

Pero a partir de aquél domingo en que no me hiciste caso ya no volvería a escuchar nunca más el canto de los pájaros ni volvería a ver aquellas preciosas flores de colores extraordinariamente vivos.

Un día, no sé cómo pero el caso es que hice acopio de valor y, reuniendo todas mis fuerzas, llamé a tu puerta con la firme decisión de no cesar hasta obtener una victoria. Y en ello estaba cuando

súbitamente la puerta se abrió y justo ahí delante apareciste tú con una botella de vino en la mano. Por los ojos lanzabas chispas de puro enojado que estabas.

—¿Qué quieres? —preguntaste con voz ronca.

Y yo respondí mirándote desde un cierto rencor, luchando por hacerte llegar un mensaje que a través de mi silencio era de por sí suficientemente expresivo.

—¿Quieres escuchar a los pájaros, no?

Permanecí callado.

—Aguarda un poco. Ahora mismo te los traigo.

Lo que vi cuando de nuevo apareciste ante la puerta habría de quedar grabado para siempre en mi memoria. El canario y el jilguero, con los ojos cerrados y las patitas rígidas, yacían en la palma de tu mano en una quietud ajena al tiempo y a la vida.

—Creo que olvidé ponerles comida estos últimos días...

Ya no hablabas con enfado.

—Tranquilo, compraré otros.

Permanecía mirándote desde el silencio de los pájaros.

—¡Bueno, qué! ¿No vas a decir nada?

A modo de respuesta, alargué hacia ti la mano con la palma abierta. Entonces te enfadaste otra vez y, luego de colocar los dos pájaros en mi mano, cerraste la puerta de un portazo.

Los enterré bajo un cerezo.

Pasados unos días, mi madre regresó a casa con una jaula en la mano y dentro dos hermosos pájaros: un canario y un jilguero.

—Antton los ha traído para ti —dijo mi madre un poco emocionada.

Más que un poco emocionada, porque yo no la creí cuando me confesó al tiempo que se sonaba ruidosamente con el pañuelo «Creo que he pillado un resfriado».

Al principio, los dos pájaros me inspiraban temor. Al mirarlos, me venían a la memoria los que yo mismo había enterrado bajo el cerezo. Por ello, y tal vez con ánimo de ahuyentar mis sospechas, un día fui corriendo hasta el cerezo y comencé a remover la tierra sintiendo en el pecho un ansia casi asfixiante. Los pájaros, o mejor dicho, lo que quedaba de ellos, continuaban allí donde los hube enterrado, sólo que cubiertos por una legión de gusanos. Volví a cubrirlos con tierra todo lo rápido que pude y me dirigí a casa corriendo como alma en pena, tal si una legión de gusanos anduviera pisándome los talones. Y aterrorizado penetré en la cocina donde se encontraba mi madre, gritando:

—¡Ama!, ¡ama! ¡Tenemos que liberar a los pájaros!

—¿Liberarlos? ¿Pero por qué?

—¡Porque los gusanos no saben volar!

Pasé cuatro días bajo los efectos de una elevada fiebre consecuencia de una misteriosa enfermedad que incluso llegó a dejar perplejo al médico. Mi madre, sin embargo, sospechaba algo. Y como empezara a preguntar insistentemente si acaso me había sucedido algo con los pájaros, por fin le conté todo lo sucedido. Ella me tranquilizó con esas palabras que tan bien sabía pronunciar cuando hablaba

conmigo.

—Los gusanos no harán nada a tus pájaros. Te lo prometo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los gusanos sólo aparecen cuando los pájaros tienen los ojos cerrados y las patitas rígidas.

—¿Y cuando están dormidos? No crees que —insistí.

—No, no. De ningún modo —me interrumpió—. Cuando duermen permanecen en la barrita de la jaula bien firmes y en absoluto rígidos.

—¿Segura?

—Si no me crees, hoy por la noche tú y yo nos levantaremos de la cama y así podrás ver con tus propios ojos si tengo o no tengo razón. ¿Te parece bien?

Así lo hicimos. Y como no descubrí ni rastro de gusanos, aquella noche, a diferencia de las cuatro últimas, en seguida se apoderó de mí el sueño. Al día siguiente ya no tenía ni una décima de fiebre.

Un domingo me hallaba yo jugando en frente de mi casa, cuando de repente tuve una agradable e inesperada sorpresa. Tú, mi admirado Antton, apareciste por una esquina y gritaste:

—¡Vamos a comer una aceitunas, Iker!

Al caminar te balanceabas un poco, como si la tierra dudara bajo tus pies. Y cuando te agachaste para decirme algo al oído, el fuerte olor a vino de tu boca me hizo dar un paso atrás. Aún así, iba muy contento al lado tuyo, ya que había vuelto a recobrar la amistad perdida.

Conforme pasaban los años tu soledad era

cada vez mayor. Los del pueblo no querían saber nada de un borracho amigo de trifulcas como tú —según contaba mi madre, todos los días te veías metido en un jaleo o en otro. Tal vez por ello volviste de nuevo a encerrarte en mi amistad, en la amistad que te ofrecía un niño.

Aunque al final me acostumbré a verte borracho, debo confesar que había veces en que me atemorizabas. En una ocasión poco faltó para que me golpearas. Pero como al día siguiente hiciste como si no hubiera sucedido nada, también yo decidí comportarme como si nada hubiera ocurrido.

Así transcurrieron los años, hasta que una suerte de vello fino y oscuro empezó a cubrirme la parte del labio superior.

Desde que cumplí los quince años, y a pesar de que nos vimos pocas veces durante los dos años siguientes que habría de pasar todavía en el pueblo, no por ello decayó nuestra amistad. Al fin y al cabo, puesto que habías llegado a ocupar el lugar del padre que apenas tuve la oportunidad de conocer, hubiera resultado un poco difícil, e incluso cruel por mi parte, haberte dejado a un lado desterrando todo cariño mío hacia ti.

Es por ello que, finalizados mis estudios de farmacia en Madrid y volver la semana pasada al pueblo, y al encontrarte en un estado tal, es decir, completamente acabado, convertido en juguete de la chavalería del pueblo y, en suma, hecho un verdadero guiñapo humano, en nombre del cariño que siempre te he profesado tomé una decisión dura y al mismo tiempo piadosa: matarte.

Haber estudiado farmacia me será de gran ayuda para la realización de esta tarea en extremo desagradable. ¿Has probado alguna vez un vino como éste? Lo compré expresamente para ti en una famosa bodega de Madrid. Ya verás como no sientes nada. Incluso tendrás tiempo de beberte la mitad o tal vez de acabar la botella entera. ¡He prestado especial cuidado a fin de que el sabor del veneno no echara a perder el precioso líquido!

Dentro de poco la noche se extenderá por el pueblo y se deslizará en los párpados de sus habitantes. Y yo aprovecharé esa oscuridad para ir en tu busca y ofrecerte esta botella de vino que sin duda te proporcionará una gran alegría.

Si tuviera la posibilidad de quedarme en el pueblo no te haría esto porque me tendrías a mí. Pero debo buscar trabajo en otro lugar y...

Adiós, Antton. Adiós a mi querido camarada cuya vida casi entera transcurrió perdido en la resaca de los recuerdos.

EL SECRETO

Dedicatoria:

A todos los euskaldunberri.

—¡Justiñe!

El grito no obtiene otra respuesta excepto el portazo de la puerta de la calle al ser cerrada violentamente. Casi inmediatamente, los neumáticos del coche chirriando rabiosos calle arriba, y por último, el ruido de un motor que se extingue.

Alex y Karnele, los jovencísimos frutos del matrimonio —11 años el chico y 8 la niña—, permanecen mudos contemplando la escena, mientras sus ojos vagan extraviados en una lejanía invisible.

—¿Qué le ocurre a mamá, papi?

Es la voz suave de Karnele que tira de la manga de su padre.

—No es nada, bonita. No te preocupes. ¿Qué tal si os vais los dos a jugar un rato? Pronto acabará el verano y no podréis gozar de días tan soleados como éste.

Los dos hermanos salen cogidos de la mano al jardín. Sienten en sí mismos un extraño peso que les aflige.

—Vamos a regar las plantas, Alex.

—Bueno.

Al cabo de diez minutos, los gritos y risas de Karnele y Alex llenan cada rincón del jardín.

—¡Quieta! ¡No me salpiques, que yo no soy una planta!

—No, claro. Tú eres una patata. Y las patatas no necesitan apenas agua.

—¿Qué? ¡Ahora verás, especie de lechuga!

Auxtin corre las gruesas cortinas y se sienta en una silla del salón que permanece en penumbras. Luego, cierra los ojos tratando de examinar una situación que se le escapa día a día de las manos. «¿Qué le ocurre a mamá, papi?»

—Si al menos ella lo supiera... —murmura a media voz.

No es nada fácil saber tratar a una persona enferma. Auxtin desde el principio había sospechado que Justiñe guardaba un secreto angustioso, un secreto que era imprescindible sacar a la luz para poder comprenderla íntegramente. Sin embargo, apropiarse de aquél secreto le habría de resultar más difícil de lo que él pensaba, ya que la propia Justiñe no tenía noticia de ese secreto, al menos no de un modo consciente. Pero vivirlo sí que lo vivía, así como las consecuencias del mismo. «Me siento vacía», solía comentarle Justiñe a su esposo. «¿Por qué dices eso?», respondía siempre Auxtin. Los ojos de Justiñe, como si hubieran chocado contra un muro alzado en el pasado, permanecían perdidos durante unos instantes que se hacían insoportables. «¿Por qué dices eso?» volvía a preguntarle casi como un niño asustado. «No lo sé», respondía ella con una voz rota y débil. «¿Y tampoco sabes en dónde sientes ese vacío?», insistía Auxtin tratando de precisar algo más. «Tal vez aquí» respondía Justiñe llevándose la mano al corazón, «o aquí», señalando a su cabeza, «o incluso aquí», como si apuntara a todo su cuerpo o a aquello que no constituye el cuerpo físico de una persona, cohibida.

Aunque por lo general hay una puerta que lleva a los secretos, los caminos que puedan llevar a esa puerta no siempre son sencillos de descubrir.

Y es que el secreto de Justiñe era un secreto profundo, tan profundo como el de un océano. Y lejano, tan lejano como el de una infancia.

Justiñe conduce con gran seguridad el coche que guía veloz por la carretera llena de curvas. El viento procedente del mar entra a raudales por las ventanillas abiertas, golpeando su rostro y produciéndole una agradable sensación de tranquilidad. Pero el aire fresco que atraviesa su camisa de seda no puede mitigar la quemazón producida por esa incapacidad de sentir. Porque éste es precisamente el drama de Justiñe: le resulta imposible sentir. Y consecuencia de ello es un permanente aislamiento rígido y severo con respecto al mundo.

Justo cuando se halla a punto de entrar en una curva peligrosa, el asiento vacío próximo al conductor provoca un restallido en su cerebro. De un volantazo consigue a duras penas que el coche no se precipite a los acantilados. Luego, disminuye gradualmente la velocidad y acerca el coche hasta la cuneta donde finalmente se detiene.

«¿Qué ha ocurrido?» se pregunta. «El asiento contiguo al conductor, de pronto, es como si me hubiera provocado una extraña y fuerte impresión...»

El esfuerzo por intentar comprender, una vez más la arroja al muro del pasado.

«¡Dios mío!» «¡Dios mío!» grita con rabia al tiempo que esconde la cara entre los brazos apoyados contra el volante.

Del fondo del acantilado llegan sonidos repletos de vida, el olor de la sal y una brisa que solo desea jugar.

Mientras tanto, Auxtin permanece sentado en el sillón sin saber a ciencia cierta qué final puede tener esa larga crisis. Es consciente más que nunca de la importancia que tiene el secreto de Justiñe. Aún más, su propia relación conyugal depende en ese momento de descubrir el secreto. Y también la misma vida de Justiñe, porque la sobredosis de barbitúricos que ingirió hace tres semanas por bien poco no acabó con ella. Auxtin sabe que debe actuar con rapidez si no desea ver su vida, y la de todos, hecha añicos.

Es por ello que medita sin cesar acerca de la actitud y hechos más sobresalientes de Justiñe, y le viene a la memoria uno en particular: ¿por qué se le hace insoportable a Justiñe escuchar la más mínima mención sobre accidentes de circulación o, todavía peor, la sola visión de un accidente dado por televisión?

«¿Tendrá algo que ver con la aversión que siente Justiñe a hablar de sus padres?» se pregunta Auxtin. «Nunca quiso contarme nada acerca de ellos...» y recuerda algunos intentos para que le hablara de sus padres:

—¡No quiero hablar de ellos!

—¿Tan mal se portaron contigo?

—¡No tengo ganas de hablar de ellos!

Con el paso del tiempo Auxtin olvidaría aquél tema que llegó a convertirse en un verdadero tabú.

Pero debido a lo angustioso de la situación, y creyendo que éste podría ser el camino correcto para llegar al secreto de Justiñe, comienza a discurrir sobre el modo de dar con algo que pudiera echar un poco de luz sobre este asunto.

Así pues, resuelto a hacer determinadas indagaciones acerca de los padres de Justiñe, decide acudir a un amigo que trabaja como detective y solicitar su ayuda.

Descuelga el auricular y marca un número de teléfono:

—¿Montxo?

—Sí, soy yo.

—Soy Auxtin. ¿Qué tal?

—¡Auxtin! Vaya sorpresa. ¿Dónde te has metido últimamente? Ya no te preocupas para nada de tus amigos.

—Montxo, desearía pedirte un favor.

—¿Un favor? Así que para eso llamas —y lanza una carcajada cordial—. ¿Y en qué consiste el favor?

—Desearía saber algo acerca de los padres de Justiñe.

La voz de Montxo se vuelve grave.

—¿Qué deseas saber exactamente? —le pregunta con cierta desconfianza.

—Deseo saber quiénes eran.

Al cabo de un instante Montxo le responde extrañado:

—¿Y por qué no se lo preguntas directamente a tu mujer?

Auxtin, antes de responder, duda un poco, pero por fin contesta:

—Tal vez un día te lo explique. ¿Qué dices?

—Bien, haré lo que pueda. Pero escúchame una cosa...

Luego de un instante de silencio que rompe

Auxtin:

—Te escucho.

—Hurgar en el pasado puede traer consecuencias desagradables.

—No importa. Espero tus noticias. Agur.

Y colgó el teléfono sin casi darle tiempo a responder al saludo.

Una vez se hubo tranquilizado arrancó el motor del coche y, lanzando una última mirada hacia el mar vasto y azul que se extendía ante ella, sacó muy despacio el coche de la cuneta y continuó por la peligrosa carretera de la costa.

Según va conduciendo, le viene a la memoria aquella fantasía que la acompañó hasta cumplir los veinte años —es decir, hasta que se hubo casado con Auxtin—. Efectivamente, desde que empezara a tener relaciones sexuales con Auxtin ni aun esforzándose conseguía reconstruir de nuevo aquella fantasía, o mejor dicho, ya no le procuraba placer alguno.

En la fantasía un desconocido se le acercaba invitándola a ir a su casa. Ella aceptaba y una vez allí, el hombre la tomaba en su regazo y, levantándole las faldas, se aprestaba a darle una paliza. Sin embargo, en este instante el desconocido le ordena que se vaya, arguyendo para ello excusas sin demasiado fundamento (que está cansado, que sería mejor dejarlo para otro día, que se le ha hecho tarde y al día siguiente debe madrugar, etc...). Juxtiñe, en este punto

de la fantasía, abandona la casa llena de enojo y con un gran sentimiento de frustración.

A pesar de no estar muy segura del origen de esta fantasía, se valió de ella durante tres largos años, es decir, desde los diecisiete (comenzó a vivir a costa de esa fantasía a partir de que en una película viera una escena similar, aunque ella no recuerda este detalle) hasta los veinte, edad en que conoció a Auxtin.

En el camino de vuelta consigue relacionar, de modo intuitivo, un posible vínculo entre la fantasía y la emoción provocada por la visión del asiento contiguo al conductor, a pesar de no ser demasiado consciente de la relación que acaba de establecer.

Tan pronto como llega a casa, los dos hermanos que jugaban en el jardín se detienen al verla. Justiñe piensa «También a ellos les estoy haciendo daño». Luego, con una sonrisa forzada:

—¿Qué hacéis, niños?

—Jugando —responden al unísono.

Ambos niños son conscientes de «*algo*» que no acaba de funcionar bien en su madre. De hecho, la presencia de Justiñe alza un muro insalvable en sus pequeñas cabecitas, una sensación de acero que a su vez deja un rastro de vacío en ellos.

Justiñe piensa para sí «si no hago algo rápido, mis propios hijos empezarán a rehuirme con si tuviera la peste». Y luego, «Y harían bien. Al fin y al cabo, si no pueden obtener cariño de una persona, es mejor que se alejen de la frialdad de una persona así».

A pesar de todo, hace un esfuerzo:

—¿Tenéis hambre?

Como si se dieran cuenta del esfuerzo de su

madre:

—Un poco.

Suavizándose la situación entre ellos:

—Ahora os prepararé algo de comer.

—Yo me zamparía muy a gusto una patata —
se apresura Karmele a decir señalando a su hermano.

—¡Y yo una lechuga! —replica Alex
señalando a su hermana.

Mientras los dos pequeños comienzan a perseguirse mutuamente a través del jardín, Justiñe penetra en la casa donde se topa con la oscuridad que domina el recibidor. Se apercibe de la presencia de Auxtin, sentado todavía en el sillón.

—¿Ya has regresado?

La voz de Auxtin parece llegar desde un lugar lejano.

—Sí... —responde Justiñe sin sentarse, con la cabeza inclinada hacia el suelo y balanceando suavemente el bolso de mano en el aire.

Súbitamente, y quizá impulsada por una imperiosa necesidad de comunicarse, Justiñe empieza a hablar precipitadamente, como si quisiera vaciarse de palabras por dentro: que por la tarde ha estado en tal lugar, y cómo la visión del asiento vacío contiguo al conductor le ha provocado una fuerte impresión, y que casi inmediatamente le ha venido a la memoria una fantasía que en una época la obsesionó sobremanera, y que ella desconocía la razón pero que entre el asiento y la fantasía debía haber alguna relación aunque no sabría explicar exactamente por qué.

Auxtin, luego de un instante transcurrido en silencio, le pregunta:

—¿Qué es eso de la fantasía? Nunca antes me la mencionaste para nada.

Justiñe responde que no tiene importancia. Sin embargo, siente necesidad de hablar y es por ello que se lo cuenta.

Cuando acaba, dice Auxtin:

—Justiñe, ve a la cama e intenta dormir un poco. Se te nota un poco agitada. Yo mismo te subiré la cena.

—No, no tengo hambre. Prefiero dormir — responde Justiñe con la cabeza ladeada.

—Como quieras. Yo me ocuparé de los niños. Ve tranquila.

Antes de abandonar la habitación, Auxtin de nuevo vuelve a percibir el anillo de hierro que normalmente envuelve a Justiñe. Sin embargo, hacía semanas que Justiñe no mostraba interés por hablar con nadie. Y esas confidencias reveladas con tan obvia precipitación venían a echar un rayo de esperanza sobre el problema que Auxtin trataba de resolver sin que hasta el momento le hubiera acompañado el éxito. Pero la solución definitiva parecía estar aún lejos.

«Una fantasía, el asiento vacío junto al conductor... Llevamos catorce años casados y nunca me dijo nada acerca de esa fantasía» cavila Auxtin «¿Por qué precisamente hoy? Y ese modo en que hablaba... ¡Estaba pidiendo ayuda desesperadamente! ¿Pero qué tipo de ayuda? La clave, me falta la clave...»

Ha amanecido y el día promete ser espléndido, aunque se apercibe en el aire la tristeza del próximo otoño. Es una tristeza que conlleva un dolor tibio y suave, el mismo que produce la música de Bach, un dolor que nos hace gozar y que, a fin de cuentas, nos recuerda que en el dolor hallamos uno de los principales atributos del ser humano: quien no es capaz de sentir, soportar o sobreponerse al dolor, queda de modo inevitable al margen de la definición «humano».

En la oficina un compañero avisa a Auxtin de que le llaman por teléfono en la línea dos. Es su amigo Montxo, el detective.

—No creí que llamarías tan pronto.

—A decir verdad —responde Montxo—, los padres de Justiñe no ofrecían mucho que investigar.

—¿Qué has averiguado? —pregunta ansioso Auxtin.

—Perteneían a la alta burguesía. Murieron en el año mil novecientos ochenta y uno a resultas de un accidente de automóvil. Regresaban a casa cuando el coche patinó en una capa de hielo. Fallecieron en el acto... excepto la hija, que viajaba en el asiento delantero con su madre. Tenía tres años. La unidad de rescate la encontró sin conocimiento pero viva en el regazo de su madre muerta. Según dice el informe, unos amigos íntimos de los fallecidos se hicieron cargo de la niña, es decir, de la que hoy es tu esposa. Los padres adoptivos, casados hacía cinco años y sin posibilidades de tener familia, en seguida se apresuraron a hacerse cargo de la criatura. Y eso es todo. Eran buena gente, tanto los padres fallecidos en el accidente como los adoptivos.

La voz de Auxtin responde como perdida desde el otro lado de la línea:

—La encontraron en el regazo de la madre muerta...

—Así es —replica Montxo rápidamente.

—Gracias por lo que has hecho, Montxo. Te debo una cena.

—¿Una cena? —responde Montxo alegremente—. Estupendo. No sabes lo que me gustan las cenas, sobre todo si no hay que pagar.

Se escucha el «clic» del teléfono pero Auxtin continúa con el auricular en la mano, pensativo. «En el regazo de la madre muerta...»

Durante toda la mañana no pudo sacarse de la cabeza aquella idea «el regazo de la madre muerta». Y pensaba «El hombre de la fantasía también la toma en su regazo. Y el asiento junto al conductor le produce una gran impresión aunque no sabe explicar por qué...» Y de pronto le parece haber dado con la clave que busca. «¡Un momento!» exclama casi a voz en grito, «El hombre de la fantasía la pone en su regazo con intención de propinarle unos azotes, es decir, para provocarle dolor. Sin embargo, finalmente no le hace nada y ello provoca una gran sensación de frustración en Justiñe... porque no le ha hecho daño». Tamborilea rítmicamente con los dedos en la superficie de la mesa. «Creo que estoy más cerca que nunca del secreto de Justiñe. Pero no acabo de dar con la clave del secreto. Hay algo que permanece aún oculto...»

Finalizado su trabajo en la oficina, y mientras se encuentra realizando en coche el trayecto hasta casa, toma una decisión: «Repetiré a Justiñe lo que

acaba de contarme Montxo. Sea cual sea su reacción. Me arriesgaré. La clave del secreto que busco desde hace tanto tiempo se halla en ese accidente. No hay más remedio que hacer una visita al pasado. Y que sea lo que Dios quiera».

Tan pronto como llega a casa, se dirige hacia Justiñe que contempla el jardín asomada desde la ventana de su cuarto.

—Hola, Justiñe.

Justiñe no le responde, sino que permanece encerrada en su mutismo.

Tras unos instantes de duda, reúne fuerzas y le pregunta de sopetón:

—¿Qué les ocurrió a tus padres?

Justiñe se revuelve contra él y grita con rabia:

—¡Te he dicho mil veces que no me gusta hablar de ello!

Auxtin continúa haciendo esfuerzos por conservar la calma.

—Seguro que ni tú misma lo sabes. Pero te lo voy a aclarar yo de una vez para siempre.

—¡Cállate! —grita Justiñe.

—Tus padres murieron en un accidente de coche.

Justiñe, confundida hasta el límite del asombro, apenas puede exclamar:

—¿Qué?

Sin perder un segundo, Auxtin continúa:

—Cuando las unidades de ayuda llegaron al lugar del accidente, encontraron una niña que aún vivía sobre el regazo de su madre muerta.

Cogiendo a Justiñe del brazo y mirándole

fijamente a los ojos:

—Justiñe: eras tú.

A esta declaración siguió un largo silencio por parte de los dos. Auxtin estaba un poco asustado aguardando la primera reacción de Justiñe, pues no sabía qué consecuencias podrían tener esas palabras lanzadas sin previo aviso, esa revelación que él le había comunicado de improviso.

La primera reacción no se deja esperar. Poco a poco al principio, y más tarde ya sin freno alguno, Justiñe comienza a llorar al tiempo que exclama una y otra vez:

—¡Puedo sentir dolor! ¡Puedo sentir dolor!

Y para sorpresa de Auxtin, Justiñe ríe sin dejar de llorar y repitiendo incesantemente:

—¡Puedo sentir dolor! ¡Puedo sentir dolor!

Unas horas después, en el dormitorio, Justiñe da a Auxtin las siguientes aclaraciones:

—Mis padres adoptivos nunca me dijeron nada acerca de ese accidente. Y aún menos sobre los detalles que hace poco has mencionado. Hasta los dieciséis años siempre fui una jovencita apática y cerrada en mí misma hasta la exageración. Un día, tenía diecisiete años, fui con una amiga a ver una película —es asombroso, pero sólo ahora he conseguido recordarlo—, y a partir de entonces se apoderó de mí una estúpida fantasía. Hay una relación entre esa película y la fantasía. Era una película de *cowboys*. Y en una determinada escena, el que hacía de vaquero

duro puso en su regazo una de las chicas que bailaban en el salón y le propinó unos azotes. Los que estaban en el salón trataron de impedirlo, pero el vaquero mataba a tiro limpio a todo aquél que intentaba acercársele. Esta escena provocó la fantasía que más tarde habría de acompañarme de modo obsesivo durante tres largos años, y que es precisamente la que te conté ayer.

Auxtin la interrumpe diciendo:

—Pero en tu fantasía el hombre no llevaba a cabo la paliza.

Justiñe le aclara:

—El regazo del vaquero y el de mi fantasía representan el regazo de mi madre. De un modo u otro, el caso es que en mi recuerdo permaneció tanto el regazo de mi madre muerta como el recuerdo de su regazo poco antes del accidente, es decir, cuando aún vivía. Luego del accidente, debí de permanecer bajo un fuerte shock. Y no sólo eso, hasta los diecisiete años estuve aguardando, por decirlo de algún modo, la vuelta a la vida de aquél regazo muerto. Y mientras duró aquella espera, mis sentimientos permanecieron bloqueados, pues me resultaba imposible sufrir a causa de la muerte de mis padres ya que ni siquiera tenía noticia de ello.

—¿Cómo es que no lo sabías? —le interrumpe de nuevo Auxtin.

—Sólo tenía tres años. A medida que pasaron los meses y los años, debí de «olvidar lo sucedido». Sin embargo, en algún lugar de mi cabeza el suceso permaneció. Mis padres adoptivos, para no provocarme un nuevo dolor y evitarme así un sufrimiento más,

cubrieron con un velo de silencio la muerte de mis padres. Pero al impedirme sufrir, también impidieron el normal desarrollo de mi existencia psíquica. Sin embargo, gracias a mi fantasía conseguía una cosa: acercarme al sufrimiento, sentir dolor o, al menos, desearlo.

—Así pues, el hombre de la fantasía no llegaba a hacerte sufrir porque en la vida real te resultaba imposible sufrir.

—La fantasía era sólo un mensaje. Me comunicaba que me hacía falta sentir dolor. Pero no un dolor físico, sino un dolor aquí, en el corazón. Tenía que saber lo que me has contado, era absolutamente imprescindible que supiera la verdad porque sólo así podría liberar mi capacidad para sufrir y sentir. Si todavía no había conseguido sufrir a causa de la muerte de mis padres, ¿cómo iba a ser capaz de sufrir por nadie más? Antes, el falso dolor provocado por la fantasía me hacía vivir en una falsa existencia (lo cual es mejor que vivir como un vegetal); pero ahora, este dolor que sufro conscientemente me obliga a vivir una vida real.

Auxtin, besándola:

—Todo esto es asombroso.

—Es asombroso lo que uno puede llegar a tener escondido en sí mismo.

—Puesto que estudiaste psicología, ¿llegaste a tener noticia de algún caso parecido? —pregunta Auxtin.

—Ahora que lo dices... Aguarda un poco. Creo que había un libro en esa balda...

Justiñe se levanta de la cama, va a la estantería

y luego de hurgar un momento entre los libros regresa con un ejemplar de tapas color blanco.

Auxtin coge el libro y lee el título en voz alta:

—«Alienación en las perversiones. M. Masud R. Khan. Ediciones Nueva Visión».

—Si no me equivoco —comenta Justiñe—, es el capítulo trece en el que se describe un caso parecido.

Auxtin, arrojando el libro y apagando la luz, coge del brazo a Justiñe y la atrae hacia sí bromeando:

—Ven aquí, traviesa. ¡Verás qué paliza te voy a dar yo ahora!

Es de noche y las risas de Auxtin y Justiñe cosquillean en el trocito de luna llena que asoma tras la nube de verano.

En el piso de abajo, Alex y Karmele duermen profundamente y exclaman en sueños:

—¡Patata podrida!

—¡Especie de lechuga!

EL ELEGIDO

(Cuento surrealista)

¿Cómo podía amar a nadie
si no sabía amarme a mí
mismo?

Al llegar a la habitación veintiséis del Hotel Hilmton, Jacques Andreotti comenzó a registrar todos los cajones hasta encontrar un par de medias negras de seda, una cinta de color amarilla de envolver regalos y un falso anillo de oro.

Tan pronto como llegaba a un hotel se comportaba indefectiblemente igual: revolvía cajones, levantaba almohadas y sábanas, escudriñaba cada rincón y, por último, llamaba al camarero para pedirle una botella de champán. Luego, «*bien cargado*», se dirigía hacia la puerta de salida para perderse en las calles y mezclarse entre la multitud.

Alguna vez lo vieron regresar al hotel completamente borracho y con las ropas destrozadas, habiendo tenido el botones incluso que ayudarle a subir hasta su habitación.

En esta ocasión, la puerta veintiséis. Una puerta como la de cualquier otro hotel.

En cuanto se acostaba caía profundamente dormido y soñaba. A veces sus sueños no parecían ser demasiado agradables, a juzgar por los gestos desesperados que se dibujaban en su rostro y por las

ropas de la cama que al día siguiente aparecían desparramadas por el suelo, hasta que las primeras luces venían a despertar su cuerpo amanecido en una postura grotesca.

Se despertaba rápido, abriendo los ojos casi de golpe. Y en la ducha, permanecía durante largísimo tiempo bajo el grifo del agua fría (en cierta ocasión casi se quedó dormido a pesar del chorro de agua helada que golpeaba su cuerpo).

El camarero, un hombre de color, llamó a su puerta justo a las diez y diez de la mañana (¿por qué a las diez y diez precisamente?): tostadas, cafés, mermelada verde, champán, cuchillos, tenedores, pan y galletas. Y un zumo.

Aquél día no sería un día más. Y él sabía que aquél no sería un día más. Jacques Andreotti siempre intuía los días que habrían de ofrecerle algo. No sería un día del montón aquél día comenzado como los demás días del montón: mantequillas, mermelada verde, panecillos, etc...

Eligió de entre sus sesenta y ocho corbatas la más llamativa y salió a la calle.

Aunque una mujer se le aproximó, él continuó su camino impertérrito. Un buen comienzo. O, al menos, así le pareció a él.

El chaval que vendía ropas usadas en la calle de enfrente lanzaba a los transeúntes miradas llenas de astucia y desprecio. Jacques Andreotti, aun cuando no le desagradó aquél muchacho, a fin de evitarlo saltó a un autobús y viajó hasta la siguiente parada, en donde se apeó.

No sabía dónde se hallaba, pero ello no le

preocupaba lo más mínimo. «Buen lugar» se dijo a sí mismo.

Caminaba por Berkely Street contemplando sin prisa los escaparates con una cierta avidez en sus ojos, deteniéndose aquí y allá, sin saber exactamente si tenía que entrar en la tienda o simplemente permanecer fuera admirando el escaparate. Generalmente optaba por la segunda opción.

En la callejuela gris y sucia en que se hallaba, reparó en dos niños que jugaban a algo y se detuvo por un momento a observarlos.

La tarde estaba avanzada cuando abrió la puerta de una taberna de aspecto aburrido. Le pareció imprescindible abrir aquella puerta, absolutamente imprescindible.

Finalizada la picaresca melodía que le fuera ofrecida a modo de recibimiento, dos hombres se volvieron y estuvieron mirándolo durante un rato con indiferencia y curiosidad, serios y burlones a un tiempo. Londinenses pobres. Quizá emigrantes.

La mujer semioculta en un rincón y atareada en remendar una carrera en la media, permaneció inmutable a la entrada de Jacques.

El disco, rayado. La música, parecida a la que solemos escuchar en el circo (cuando en la representación de los caballos escuchamos el chask-chask del látigo restallar en el escenario redondo como un pan).

Era muy divertido todo aquello. Sin que Jacques Andreotti se diera cuenta, yo le seguía. No entré en la taberna porque ya la conocía y porque tenía miedo de que Jacques Andreotti pudiera sospechar

algo.

No era un *puti-club*.

Una taberna del Londres humilde y defraudado, nada más (casi todo Londres es así).

Pidió champagne.

Se sentó mirando a la mujer que todavía continuaba ocupada en sus medias. Los dos hombres apoyados en el mostrador hacía tiempo le habían dado la espalda con indiferencia divina. Sintió sueño, y cerró los ojos.

A la mañana siguiente despertaría en la avenida más populosa de la ciudad. Ni los policías se percataban de él.

Buscó el hotel con la mirada, pero como no lo vio, extendió el periódico con gran parsimonia y se sumergió en su lectura.

Eran las diez y diez de la mañana.

El periódico, al estar escrito en lengua castellana, le produjo una despreocupada extrañeza. Un periódico escrito en castellano. No había duda alguna. ¿De dónde sería? Comenzó a buscar la editorial y en la parte superior de la primera página encontró impreso el nombre de Buenos Aires.

Una vieja decrepita que vendía castañas se dirigió a Jacques Andreotti y le habló del siguiente modo:

—Perdonará Vd. mi atrevimiento pero, según veo, tiene Vd. un periódico de Buenos Aires en las manos. ¿Acaso nació en la Argentina? Se lo pregunto

porque también yo nací y viví largo tiempo allá, en Buenos Aires, en donde no he vuelto a poner los pies desde que por razones de negocios lo abandonara, hace ya mucho tiempo. Y aquí, en Londres, es tan difícil toparse con un compatriota...

Sin embargo, Jacques Andreotti le respondió que él no era argentino, que en toda su vida no había estado en Argentina, que él era rumano.

Y la vieja decrépita, al escuchar aquello, escupió al suelo con gallardía y se alejó murmurando palabras groseras.

Jacques Andreotti, sin alterarse lo más mínimo, bostezó, se levantó del lugar y, ante la mirada atónita de los transeúntes que en aquél momento pasaban por allí, se desperezó con total descaro.

Un «bobby» enorme vigilaba a Jacques sin acabar de decidirse: «y si me acercara a él y le preguntara quién es y si lleva los documentos de identidad en regla y si por las noches roba en los automóviles...?»

Jacques Andreotti miró a derecha e izquierda y echó a andar hasta que estuvo ante unos grandes almacenes. Y como la cafetería de los grandes almacenes abarrotados de gente le pareció un lugar muy acogedor, se acercó satisfecho hasta la barra, en donde un agradable calor le ofreció el primer recibimiento.

Todavía no he dicho por qué andaba tras Jacques Andreotti: tenía que matarlo. En América (y en

New York, para ser más exactos), Jacques se había visto envuelto en un negocio de estupefacientes a gran escala. Se trataba de una poderosa mafia perfectamente organizada a la que no se le podía engañar sin acabar pagando tarde o temprano las consecuencias. Y Jacques, luego de estafar a sus jefes un millón de dólares, había desaparecido de New York sin dejar rastro hasta que hace dos semanas tuvimos noticia de su actual paradero. Pero en una mansión de lujo de estilo victoriano situada en los alrededores de la fascinante metrópoli yanqui, en un día soleado y límpido como pocos, el teléfono sonó y una voz al otro lado del teléfono dijo:

— Jacques Andreotti está en Londres, The Tower Hotel.

Ni dijo nada más. El propietario de la mansión de lujo colgó el auricular, permaneció pensativo durante unos segundos, descolgó de nuevo el teléfono y marcó un número de teléfono. El mío.

Se me encomendó la misión de matar a Jacques Andreotti. El crimen debía parecer un accidente ya que de lo contrario las investigaciones de la policía podrían llegar hasta donde jamás habían llegado siquiera a sospechar.

Así las cosas, hice los preparativos y tomé el avión para Londres a las diez y diez de aquella soleada mañana.

Es mentira. Jacques Andreotti nunca se vio

envuelto en la mafia. Sólo quería divertirme un poco. Aunque hay algo que sí es cierto: iba a matar a Jacques Andreotti. ¿Por qué? Porque la primera vez que vi a Jacques Andreotti (veintitrés años, rumano, de profesión desconocida), fue él la primera persona en este mundo que no me inspiró deseos de matar.

Antes de conocer a Jacques en la fiesta que unos amigos habían organizado, siempre había sentido deseos de matar a todo el mundo: a los que se cruzaban conmigo en la calle, a los que me presentaban en las reuniones de sociedad, a mis compañeros de trabajo, a todos. Incluso a mi familia. Cuando me presentaban a alguien, sonreía complacido y pensaba para mis adentros «Si quisiera, mañana no estarías vivo. ¡Oh, cuánto desearía matarte! Y al despedirnos, la persona que me habían presentado comentaba al que había hecho las presentaciones «¡Qué persona más simpática!», por mí.

En cierta ocasión estuve a punto de traicionar mi secreto. Había tomado unas cuantas copas y me hallaba sentado en un rincón de la sala en la que celebrábamos una animada reunión, y en esto se acercó el anfitrión trayendo consigo una preciosa pero estúpida joven. Faltó muy poco para que le gritara: ¡quiero matarte! Afortunadamente no hice tal cosa, sino que excusándome a causa de una súbita e imperiosa necesidad, pedí a ambos disculpas y me apresuré hacia la calle, en donde respiré el aire frío y húmedo de la noche.

Fue en una de estas reuniones donde conocí a Jacques Andreotti. Yo estaba de pie, charlando, cuando me apercibí del hombre que vertía una gene-

rosa ración de ponche en su copa. Al verlo, supe en el mismo instante que él era mi hombre, el que la vida me ofrecía para mi sacrificio: el elegido.

Todas las demás personas carecían del más mínimo interés para mí. Ya no deseaba matarlos. Todo mi deseo criminal hacia ellos había desaparecido para concentrarse en un sólo ser humano: Jacques Andreotti. Y en el mismo instante supe también por qué hasta entonces no había matado todavía a nadie: porque mi pasión hacia el asesinato había permanecido desparramada, repartida en cientos, miles de seres humanos, en todos aquellos que se cruzaban conmigo en la calle, en el metro (sobre todo en este lugar solían acuciarse de modo especial mis instintos criminales), en las cafeterías, en los urinarios, en cualquier lugar público...

Jacques Andreotti no reparó en mí, sino que continuó sorbiendo su ponche con gesto inocente. Luego, sacó un libro y permaneció sentado en *su* sillón en medio de las risas y gritos de los invitados que no le hacían ni maldito caso. Y se sumergió en la lectura ajeno al ruido ensordecedor de la música. Mientras, yo lo observaba con ojos de niño, semioculto en un ángulo de la animada habitación.

Era más que evidente. Y cuanto más miraba a los rostros de los que allí se encontraban, más claro se me aparecía aquél asunto. Así como todas las caras iban perdiendo su propiedad de víctima, la de Jacques Andreotti —y no había lugar a dudas—, la absorbía con descaro total. Por más que miraba a los socios del «party», no era ya capaz de sentir deseos de matar a ninguno de ellos. Miraba otra vez a Jacques, que

continuaba sentado leyendo su libro, y sentía mi cuerpo temblar de puro gozo. Y un sabor dulce inundó mi boca: el sabor dulce de la sangre. Jamás en toda mi vida había experimentado una alegría y emoción tales.

En la cafetería Jacques pidió un vaso de champán. El camarero, lanzándole una sonrisa de autosuficiencia, le respondió:

—El señor debe de querer decir que desea una copa de champán, y no un vaso.

Jacques Andreotti insistió en que su champaña debía serle servido en un vaso y puso punto final a la discusión diciendo:

—Yo siempre sé cómo quiero lo que quiero.

El camarero, encogiéndose de hombros, sacó un vaso y lo llenó hasta los bordes.

Jacques pagó la consumición y se dirigió hacia una mesa en la que se hallaba sentada una señorita de aspecto sudoroso. Tan pronto como la señorita se percató de que mi víctima se dirigía hacia ella, se puso en pie de un salto y salió de la cafetería volviendo la cabeza una y otra vez hacia atrás (seguramente para asegurarse de que Jacques no la seguía), con gran alegría para Jacques, porque éste se apresuró a ocupar con mucho gusto el lugar que con tanta prisa había abandonado la señorita. Esta treta siempre le salía bien. Al menos, con las señoritas de aspecto sudoroso. Con las demás no había manera.

Jacques vigilaba las burbujas que subían desde el fondo del vaso, y así permaneció por un largo rato.

Luego, levantó los ojos y se percató de una vetusta anciana semioculta bajo un sofisticado abrigo de pieles. Y acurrucado en el regazo de la vetusta, advirtió un gato fantástico y burgués que una mano arrugada y huesuda se ocupaba en acariciar.

Jacques Andreotti seguramente se acordó del ser humano, porque en aquél instante rompió a reír con todas sus fuerzas. A causa de ello, todas aquellas cosas que contaminaban la cafetería giraron la cabeza y permanecieron atentos mirando fijamente al entrometido con rabiosa curiosidad. Sin embargo, la vetusta no se dio cuenta de nada y siguió acariciando su blanco y asqueroso gato de Angora. Parecía que el gato sonriese.

La mano larga, arrugada y huesuda de la vetusta tenía completamente embrujada a mi víctima. Es como si aquél movimiento preciso y enojosamente exacto que incansablemente subía y bajaba por la espalda del animal lo hubiera hipnotizado.

La singular dama, habiendo levantado la vista algunas veces, y al haber siempre topado con los ojos de Jacques fijos en su gato (la verdad es que no miraba al gato sino a la mano que lo acariciaba —aunque la victoriana dama pensara lo contrario—), le preguntó con voz de nuez:

—¿Le gustan los gatitos?

Jacques Andreotti, a modo de respuesta, se tapó las narices con los dedos pulgar e índice y ya no volvió a prestarle más atención. La vetusta debió de quedarse muy dolida, porque casi a continuación murmuró unas palabras en los oídos del gato, el gato dejó entrever el comienzo de una sonrisa astuta y, por

fin, la mano reanudó otra vez aquellas caricias que desde luego debían formar parte de algún conjuro inservible hacía ya mucho tiempo.

Me era suficiente mirar a Jacques para adivinar lo que pasaba por su cabeza. Así, cuando Jacques perdió el interés por la venerable y tomó un sorbo de champán, no tuve duda alguna de que estaba recordando las calles y plazas de Roma. Es por ello que cuando escribió en la mesa la palabra ROMA, no me sorprendió en absoluto.

Pero el camarero de la cafetería le observaba con el rabillo del ojo, y al ver que Jacques sacaba de la cajetilla de tabaco una barra de labios de color carmesí y que pintarrajeaba con ella en la mesa, salió del mostrador y, dirigiéndose hacia Jacques (Jacques desde el primer momento se había dado cuenta de la acción del camarero porque también él le había estado observando con el rabillo del ojo), alzó la voz —para que todo el mundo le oyera— y vociferó:

—¡Al señor no le dará vergüenza, teniendo los años que tiene, y andar pintarrajeando en las mesas que no son del señor!

Jacques Andreotti le lanzó una mirada terrible y respondió en el mismo tono:

—La vergüenza es mi único vicio. Enfermedad de familia. ¿Comprendes? Mi padre murió reventado por la vergüenza en medio de insufribles dolores que me trajeron al mundo.

Esta respuesta dejó al diligente esclavo absolutamente estupefacto, y anegado en lágrimas respondió:

—El señor, el señor es... ¡es un comunista!

Y desapareció inmediatamente hacia arriba de las escaleras mecánicas. A los tres o cuatro minutos se escuchó un golpe fuerte y seco en la calle y Jacques Andreotti, con el vaso de champagne en la mano, se dirigió hacia la salida a fin de cerciorarse acerca de la causa de aquél ruido.

Sobre la acera y patizambo yacía el cadáver del esclavo diligente. «Se ha despatarrado» comentó un tipo que pasaba por allí y se rascaba con evidente placer su roseteada calva.

El muy infeliz se había ido al otro mundo arrojándose desde la azotea del hotel. Andreotti sacó del bolsillo el lápiz de labios carmesí y lo arrojó con desprecio sobre el cuerpo inmóvil. A continuación, desapareció por un agujero subterráneo.

La estación del «sub-way» sería un lugar fabuloso para realizar mi asesinato. En horas punta miles de personas apresuradas y distraídas se dan cita en las estaciones céntricas, por lo que resultaría muy sencillo acercarse a alguien y, o bien hender en sus costillas el puñal que siempre llevo conmigo, o bien si no hacerle caer a la vía justo en el instante en que apareciese el tren.

Con tal intención bajé las escaleras de la misma boca de metro por la que había desaparecido Jacques.

Jacques Andreotti estaba de pie, muy cerca del andén, casi oculto por una multitud silenciosa. Los allí reunidos parecían formar una inquietante congregación de espectros. «Esta podría ser una estupenda

oportunidad», pensé. Sin embargo, decidí que no había por qué apresurarse y, además, hubiera sido una pena cometer el crimen tan fácilmente ahora que precisamente había comenzado a gozar con su proyecto. Por otro lado, la siguiente idea me dejó aterrado: una vez eliminado Jacques Andreotti, ¿a quién elegiría como nueva víctima? O lo que era aún más grave, ¿sentiría deseos de matar a alguna otra persona? ¿Y si con Jacques asesinara también esta tendencia mía hacia el crimen que durante toda la vida me había acompañado? ¿Sería capaz de seguir viviendo en tal caso? ¿No mataría mi deseo de vivir cometiendo así un doble asesinato, uno en la persona de Jacques y otro en la mía propia? Bajo esta nueva perspectiva, asesinar a Jacques podría aparejar consigo mi suicidio —¡mi suicidio!—. Yo, que jamás había tenido tendencias suicidas.

Desde esta nueva perspectiva el crimen ofrecía aspectos y consecuencias inauditas.

Palpé el puñal que llevaba escondido en el bolsillo derecho de mi americana e imaginé su afilada punta introduciéndose en las abultadas carnes de mi víctima (tal vez debiera llamarlo «mi asesino», en vez de «mi víctima»), rasgando las arterias, la grasa, su piel entera... Sin embargo, era como si el filo atravesara mi propio cuerpo, y la herida de Jacques fuera mi propia herida.

Y odié a Jacques Andreotti y empalidecí de puro miedo y mi sangre hirvió con ira ciega.

Volví la cabeza buscando la salida. Todos mis músculos permanecieron en tensión. Empecé a correr enloquecido hasta alcanzar la superficie del

subterráneo, en donde el viento frío (ese viento frío que todos los inviernos, al igual que yo, al igual que Jacques Andreotti, al igual que todos, sale a la caza de una nueva víctima) golpeó mi rostro.

Pero esta huida apresurada y loca fue pura imaginación. Quiero decir que controlé mis nervios y permanecí clavado donde estaba, entre los misteriosos zombis del andén y el aire enrarecido, hasta que el ruido anunciador de la llegada del metro retumbó en la estación haciendo desaparecer de mi mente los pensamientos oscuros y cobardes.

Busqué a Jacques con la vista y vi que sonreía: se diría que conocía todas mis intenciones.

En la bañera del hotel, Jacques Andreotti jugaba a los naufragios con pequeños barquitos. Hacía surgir olas bajo las cuales sus juguetes desaparecían. Cuando ello ocurría, se apresuraba a rescatar del fondo de la bañera el barquito hundido y luego procedía a observarlo con gran atención, como si quisiera asegurarse de que no había habido ningún muerto.

Tan sólo interrumpía su juego para tomar un sorbo del champán burbujeante contenido en una copa y para mordisquear distraídamente un muslo de pollo con mermelada que había dispuesto en una bandeja no muy lejos de donde se bañaba.

Luego, sonriendo tal y como lo había hecho en el metro, golpeó el agua con fuerza de manera que todos los barquitos se precipitaron a los fieros abismos que nos aguardan bajo el mar terrible y misterioso

(mas en esta ocasión nada hizo para rescatarlos).

Y salió de la bañera en toda su fortaleza y esplendor, el pijama pegado a la piel —acostumbraba a entrar en la bañera con el pijama puesto—, el agua corriendo por sus barbas marxianas y por el salvaje cabello: ¡qué Dios de Olimpos!

Yo, de aspecto debilucho y rasgos de judío, permanecía en pie junto a la puerta del hotel aguardando la aparición de Jacques, en acecho de mi víctima, cavilando acerca de mis inquietantes miserias.

Quería conocerlo. Quería encontrar sus puntos flacos y al mismo tiempo el lado fuerte de su carácter: sus costumbres (si es que las tenía), sus pensamientos (si es que los tenía, pues Jacques Andreotti parecía ser de esas personas que piensan con imágenes —suponiendo que una tal acción tenga que ver con «el pensar», es decir, tal vez lo que algunos nombran con el verbo «soñar»; un hombre cuya actividad cerebral queda exclusivamente definida desde la imaginación, desde imágenes). Resumiendo: deseaba conocer a mi presa del mismo modo que el cazador desea conocer a la suya. Es comprensible. Isn't it?

Serían las diez y diez de la mañana cuando Jacques Andreotti apareció en la puerta del Hotel. El portero, vestido pomposamente de uniforme, tieso tal militar honrando al himno patrio, un gesto de terror dibujado en su rostro, se abstuvo de realizar el obligado saludo de sumisión-al-cliente. Y es que el portero, quien se juzgaba a sí mismo como garante de

la seriedad y respetabilidad de todo el hotel, consideraba a Jacques como la antítesis de lo que para él debía ser una «persona seria y honrada».

Sin embargo, el hecho de que Jacques ocupara una de las suites más caras del hotel y de que pagara puntualmente los servicios nada desdeñables de «la sagrada institución», todo ello unido a la generosa propina que de vez en cuando le hacía llegar el extravagante cliente, ponía en duda la opinión nada favorable que el perro uniformado se había formado acerca de Jacques.

Jacques dirigió los pasos hacia una céntrica avenida. Súbitamente, se volvió e hizo gesto de acercármese. Yo salí huyendo y otro tanto hizo él, sólo que no tras de mí, sino en dirección contraria. Estoy seguro de que lo hizo a propósito. Para reírse de mí.

Una vez me hube tranquilizado un poco, caminé a través de las calles calificadas como peligrosas por las fuerzas de seguridad del estado. Dado el nuevo rumbo que habían tomado los acontecimientos, necesitaba reflexionar sobre las pausas a seguir de allí en adelante.

Descarté la posibilidad de que Jacques pudiera acudir a la policía: se lo impediría el desprecio que sentía hacia los «dogs». A pesar de todo, ¿qué intenciones ocultas tenía? No había puesto a nadie al corriente sobre mis intenciones de matar a Jacques (hacer sabedor a alguien de mis secretos hubiera supuesto una traición a mí mismo, y por tanto, ello me habría convertido en una piltrafa humana, la basura más inmundada del mundo); así pues, era imposible que Jacques pudiera saber nada del asunto.

Tal vez se había fijado en mí por alguna otra razón, o incluso tal vez actuara de esa manera impulsado por un súbito sentimiento de simpatía... ¡hacia su futuro asesino!

Claro que si yo era capaz de adivinar sus pensamientos (recuérdese que en la cafetería de los grandes almacenes descubrí que estaba pensando en Roma, o que jugaba a los barquitos en la bañera del hotel, o que se duchaba con el pijama puesto) y, en definitiva, si era capaz de adivinar tantas cosas como las que ya he contado, y las que aún contaré, ¿no le ocurriría a él otro tanto conmigo? Si así fuera —y es muy probable que lo fuera—, mis intenciones estarían al descubierto y por tanto ya no podría valerme de la ignorancia de mi víctima para llevar adelante mis proyectos.

Asolado por tales pensamientos, en más de una ocasión estuve tentado de abandonar la caza. Sin embargo, tan grande era el terror que me producía la sola idea de abandonar, que, finalmente, ocurriera lo que ocurriera, decidí continuar adelante con la empresa. Al cabo de unas pocas horas había recuperado el estado de ánimo. Aún más: la idea de pensar que lo sabía me llenaba de regocijo y, sobre todo, de emoción.

Lucharíamos a vida o muerte.

La niebla daba a la ciudad sensación de mañana. Los pasos morían a cada huella sin levantar el más leve eco. Era como si las suelas de los zapatos se

sumergieran en las almas de las personas. Como si las suelas de los zapatos caminaran por el alma gris y agujereada de los seres humanos de rostro londinense, de rostro africano, de rostro árabe, de rostro oriental. Londres olía a Babilonia.

El alumbrado eléctrico iluminaba a través de la niebla. De cada farol, que a su vez era un astro luminoso, colgaba una etiqueta: «estrella del ciudadano 145.327», «estrella del ciudadano 178.435», «estrella de la ciudadana 188.974». Una para cada habitante de la ciudad.

La mía la hallé casualmente en una calle sucia y lóbrega llena de orines (suburbio 38 del distrito 25). Mi astrofarolario parpadeaba (tal vez tenía sueño), mi astrofarolario parpadeaba (tal vez fuera un mensaje), mi astrofarolario parpadeaba (tal vez se estaba extinguiendo). Me hubiera gustado encontrar el astrofarolario de Jacques Andreotti, pero nadie puede hallar sino el que le corresponde de acuerdo con la ley. Un astrofarolario nunca, nunca se dejaría descubrir por alguien que no tuviera algo que ver con él.

Yo no era muy humano. Y bien que lo sabía.

Y es que a veces Londres se le mete a uno en la piel y a partir de entonces no hay modo de que te deje tranquilo. Al menos, hasta que la propia ciudad decide dar el juego por terminado y pasar de tu piel a la de otro. Cuando ello ocurre, la soledad es un trapo anudado a tu garganta, y solamente una erección germinadora podría salvarte la vida. Si la lujuria desapareciera del agotado Londres, veríamos a los londinenses derretirse en la niebla hasta su completa extinción. Londres, el Londres multitudinario, tan sólo

sería una ciudad fantasma en la que sus astrofarolarios alumbrarían sin brillo, como el desesperado faro del Gran Desierto.

La niebla olía a grasa y restos de comida. Los marineros, agarrados a los jerséis de las prostitutas, caminaban a trompicones canturreando melodías que siempre versaban sobre amores perdidos en su amada, olvidada y jodida patria. Algunos tipos de mirada asustadiza y violenta hacían cola en las filas de entrada a las salas X, al tiempo que otros se escurrían por los umbrales de los misteriosos y sombríos Sex-Shops. Un conductor borracho chocaba contra una salida de agua a la velocidad nada desdeñable de cien kilómetros hora. Los curiosos hacían bromas, daban ánimos al muerto. La mujer divorciada de cuarenta y pico años entraba en un lóbrego pub. La noche acababa de empezar. La noche: una ciudad tan sólo de noche te dice quién es.

Hacia las cinco de la madrugada, luego de haber buscado en vano una mujer, regresé a casa ¡EN TAXI!

Al introducir la llave en la cerradura adiviné que Doniazada había vuelto.

Cada vez que Doniazada regresaba, la casa se llenaba de perfumes de Oriente, de efrites, de lámparas maravillosas, de mujeres adúlteras embrujadas, de ladrones escaldados y marinos intrépidos, de amantes infortunados, de animales que resultaban ser personas encantadas, de maravillosas telas, de perlas brillantes, de invocaciones de los creyentes a su dios, de visires nauseabundos y califas crueles, de mercaderes, de danzas sensuales, de ritos salvajes...

Me sentía asqueado de tanto pensar en Jacques Andreotti, aunque a Doniazada no le mencioné nada acerca del asunto. Y cuando hacíamos el amor, recordaba a Jacques Andreotti —no por que me asaltaran retorcidos deseos sexuales, sino por pura obsesión—. Ya no sabía con quién o con qué estaba en la cama.

En cierta ocasión tuve una experiencia similar con una jovencita. Sucedió en una época en que leía afanosamente cuanto caía en mis manos. Los libros, las lecturas me tenían de tal modo atrapado que por un momento dudé de si en vez de estar haciendo el amor con ella no lo estaría haciendo con los libros. C'est la vie.

El de Doniazada era un cuerpo generoso, lleno de vida y calor, moderadamente llenito pero sin perder por ello en gracia ni en delicadeza, sensual, con un algo oculto en cada rincón de su piel oriental dorada bajo el sol de cielos color verde que son los de aquellas tierras profundas y soñadas.

—¿Estás ahí todavía?—

Conseguí olvidar a Jacques Andreotti y gocé la noche con la maravillosa amante de Aladino. Ella sabía lo de Jacques, pues es muy difícil guardar un secreto a personas que vienen de tan lejos.

Al despertar, Doniazada se había ido. Pero no así sus abalorios, ni los bagajes que siempre la acompañan a todos los lugares, ni sus exquisitos perfumes (sobre todo el perfume llamado «benhinjuí»). Pero hallé algo sobre la mesilla ovalada de noche contigua a la ventana: una fascinante daga mora de unos cuarenta centímetros de longitud. Una de esas

dagas cuya boca es similar a la forma de una culebra y que tan formidablemente entran en la carne del enemigo a quien se desea herir. Hasta la sangre cortan y la hacen temblar. En suma, un bonito regalo. Y Doniazada, una amante extraordinaria. La mejor.

Cuando me asomé a la ventana quedé absolutamente maravillado al percatarme de la suavidad con que brillaba el nuevo sol. Para comprender este fenómeno hasta sus últimos efectos, es preciso ser londinense de los pies a la cabeza. No se aprecia con los ojos sino con el corazón, con el sentimiento. Incluso con el culo, me atrevería a decir. Es preciso ser inglés, londinense y al mismo tiempo de caserío —y yo, por supuesto, soy uno de esos afortunados—.

En tales días —escasísimos a lo largo del año—, el brillo del sol comunica tranquilidad y seguridad. Y si alguien permaneciera mirándolo por tan sólo unos pocos segundos, puede dar por seguro que cualquier cosa que emprenda en ese día le saldrá bien. Os repito de nuevo que no es suficiente la mirada, sino el entendimiento.

Efectivamente, nosotros, los habitantes de las grandes ciudades, somos unos animales muy supersticiosos (no hay de qué extrañarse). Por ejemplo, todavía puedo recordar la época en que era un león de la sabana; y recuerdo el olor del antílope, mis garras aferrándose con certeza y rabia a los cuartos traseros del animal, mis poderosos colmillos al

rasgar la carne y el sabor de la misma, la satisfacción posterior al estupendo banquete, mi barriga arrastras por el suelo, la refrescante sombra del arbolillo bajo el cual me tumbaba plácidamente, el rugido que lanzaba para celebrar aquél día radiante... Era muy feliz.

Di una última calada al cigarrillo y tomé posición en la ventana. No pude evitar comenzar a gritar: ¡fascistas cagones! ¡fascistas cagones! Ante lo cual, un grupo de punkys que acertó a pasar en ese momento por el lugar acompañó mis gritos con variados eslóganes de su propia invención. Fue bastante divertido. En mi opinión, aquél tipo regordete del cuarto piso que vestía camiseta blanca de estilo camionero (y de cuya comisura de los labios pendía una colilla semiapagada dejando al descubierto uno de esos rostros indiferentes que tan típicos son de los suburbios industriales), también debió de divertirse muchísimo.

Jacques Andreotti, en la eternidad de aquellos seis últimos días, era un recuerdo olvidado a propósito. Seis días en los que, aparte de fumar y estar tumbado en el jergón de paja, no hice absolutamente nada.

Gracias a los ahorros de la familia puede decirse que vivía con holgura, sin verme obligado a ganar el fastidioso sustento y sin necesidad de tomar parte activa en los sentimientos solidarios de la masa trabajadora (ya que, si me hubiera visto obligado a trabajar, tan sólo hubiera sabido hacerlo de proletario).

Imperdonable. La inutilidad había arraigado en mí tan profundamente que al fin hube de admitirla como un mal incurable e inherente a mi persona. Además, ¿qué sentido hubiera tenido trabajar para una sociedad en la que no crees? ¿qué sentido puede tener trabajar para un mundo al que sólo le interesa ganar más dinero, un mundo que no se plantea ningún tipo de crítica hacia el trabajo personal de cada uno ni sobre la propia sociedad creada? Ejem. ¿Qué sentido tiene trabajar ocho horas diarias para poder pagar la renta de la cueva en la que vives? Si me era posible vivir a costa de los escasos ahorros acumulados por el tesoro familiar —nunca mostré especial preocupación ante ser dueño de un coche o no serlo, vivir en un palacio o en una borda de pastores, disponer o no de vídeo (más adorables las auténticas pantallas de los cines). Ejem. ¿Para qué esforzase en ser un explotado más? Más explotado que yo anda el mismísimo patrón, el buitre. O la propia masa trabajadora, el buitre hembra, entregada a sus sueños consumistas.

Eran las diez y diez. Siempre las diez y diez. Como si hubiera dejado escapar la vida entre las manos siempre a las diez y diez. Un reloj de arena sin arena (nunca falla. Y para que fallara, tendría que ocurrir algo). Una hora penosa y una vida satisfecha hasta el vómito. Me preguntaba si no sería yo Jacques Andreotti. Y busqué en el espejo de mi cara.

La aversión hacia uno mismo a través de esa inmutable sombra clavada en el espejo, preguntándose,

preguntando siempre a la mirada, preguntando a la expresión que abandonó mi rostro (cuando mi rostro era otro, cuando mi rostro era el de otro).

En mi habitación, en aquellos instantes, él carecía de importancia. Así pues, imaginé su semblante y una y otra vez lo atravesé con la daga de Doniazada, hasta que la sangre salpicó en mis ojos, cegándome. Busqué la cama a tientas, dejando caer mi cuerpo entre las sábanas —enrojecidas también por la sangre. Un sueño profundo se apoderó de mí. «Mañana habrá desaparecido la borrachera», pensé, «y también vosotros, yo, Jacques... Todos. Como en un sueño. Como una célula abortada a la quinta semana».

Jacques Andreotti, el gran dragón rumano, se ocupaba en acariciar su propia imagen asesinada en mi borrachera. Escupía con mucha gracia, y silbaba una tonadilla vulgar y vil.

Llegó el momento de refugiarse cada cual en su escondrijo y de permanecer atentos.

Una espera silenciosa, acurrucado en el ángulo de una habitación oscura solamente rasgada por un rayo de astrofarolario, tal y como suelen aguardar los locos incurables, los locos que sufren y viven apaleados por sus terrores, por el terror que les produce un rayo de luna, por el terror que les causa su propia respiración, el terror hacia sus pensamientos, el

terror hacia su ser oculto, el terror que origina el verbo y la carne, es decir, vivir, esa contradicción.

Jacques Andreotti se comportaba de igual manera. Le daba miedo asesinar, y por lo que respecta a mí en relación a él, otro tanto. Aún así, el juicio no admitía apelación. Mi sentencia no podía ser más clara. Y mi decisión para llevarla adelante, imposible más firme. Yo sería su asesino. Y él mi víctima. No podía ser de otro modo. Yo había sido elegido por los ángeles como ejecutor de la voluntad divina. ¿Por qué? Oh, bueno. Tal vez porque no era creyente. Yo elegido por los ángeles y Jacques Andreotti elegido por mí. Gracioso, ¿no?

En la ciudad de Hutblon, en la que transcurrieron mis primeros veinte años, fue donde maduraron mis instintos criminales, a la sombra del ambiente familiar. Más tarde, con la excusa de la universidad, conseguí poner tierra por medio, huir de aquel cementerio y comenzar una nueva vida, una existencia plena, despertando así del letargo en el que durante largos años había permanecido sumido. Y fue así como sacudí esa especie de muerte que había tenido hasta entonces como existencia. Porque desde que era adolescente, desde que alcanzara el «*ser adulto*», fui consciente de esa personalidad que golpeaba cada poro de mi piel, de aquella apresada personalidad mía que zumbaba en cada insignificante lugar de mi cerebro en un intento apoderado por derramarse hacia afuera, surgir al exterior, como si quisiera dejar paso

libre a un nuevo hombre. O, aún más sencillo, para dar a luz a un hombre, un hombre en el sentido más delicado y humano de la palabra y, ¿por qué no?, en el sentido más cercano al «sentimiento masculino», siendo Londres el lugar a donde me dirigí.

Jacques Andreotti: una sombra rellena de líquido rojo. Jacques Andreotti: un soplido de palabras, el amigo ficticio, la mujer manifiesta e invisible.

Oculté la cara entre las manos y caminé durante largo tiempo por las calles de los barrios abandonados de Dios, barrios en los que viven hombres de los que Dios renegó, hombres que viven sin esperanza, hombres que viven sin guardar rencor en su corazón. Y pensé: estos hombres miran igual que miran los bueyes, es decir, con muchísima decencia.

Jacques Andreotti, ¿cuándo vendrá tu muerte —de la que yo seré su creador— para liberar a este espíritu fatigado hasta la prostitución que soy yo?

Jacques Andreotti, tú solamente eres un medio, «algo» que voy a utilizar para finalizarme. Y gracias a ti, podré librarme del hombre que no deja surgir al otro hombre, y liberarme del hombre que no permite acontecer al otro hombre, al que podría ser el amante perfecto de la vida. Y vegetar sin prisas.

Serían las diez y diez de la mañana cuando Jacques Andreotti apareció en la puerta del hotel sin saber adónde ir. Jacques Andreotti era un vago, un asqueroso vago. Y el perfecto amante de la vida. Sus

ojos brillando con plenitud, ofrecía un aspecto imponente: las barbas marxianas recién afeitadas y todo su cuerpo perfumado con jabón para niños.

Atravesaba una de las avenidas más populosas de Londres rodeado por edificios de considerable altura construidos hacía unos quince años (la zona nueva de la «City»).

De repente, algo cayó al suelo produciendo un ruido de huesos rotos: era el cuerpo de una bella mujer que se había lanzado al vacío desde el último piso de un edificio. Desnuda, su cuerpo blanco, sensual y esbelto yacía en el suelo con los ojos entornados, un hilillo de sangre en la comisura de los labios, como si preguntara. Su rostro similar al de una muñeca de cera (tal vez porque en su expresión había permanecido la vida, lo cual es singular en grado sumo puesto que, aun siendo el artista persona de gran habilidad, una muñeca de cera tan sólo puede reflejar el vacío y la nada que tiene por origen).

A Jacques Andreotti no le inquietó demasiado el suceso. Así pues, continuó su camino sin inmutarse en absoluto, sin lanzar siquiera una mirada al cuerpo precipitado a escasos metros de él.

Aunque su actitud no me sorprendió, en aquél instante odié a Jacques Andreotti hasta la náusea (efectivamente, un vivo sentimiento de odio puede provocar náusea).

Los ciudadanos, haciendo un corro, rodeaban con curiosidad el cadáver mientras yo continuaba la persecución del monstruo.

No nos habíamos alejado ni diez metros del lugar, cuando un nuevo «paquete» se precipitó de un

séptimo piso estrellándose contra la acera. Esta vez se trataba de un joven de unos veinticinco años. Desnudo, de piel blanca y hermosas proporciones, sensual. Un hilillo de sangre en la comisura de los labios. De los ojos interrogadores, la expresión de la vida y un algo de muñeco de cera.

Jacques Andreotti no se detuvo ni miró tan siquiera hacia el cadáver. Pero en esta ocasión no lo odié. Al contrario, la indiferencia de mi víctima me sedujo completamente.

De súbito, toda la calle pareció convertirse en un hervidero de suicidas. Uno tras otro se arrojaban desde las ventanas aterrizando en el suelo con estrépito de huesos quebrados. Y ese mismo ruido de huesos triturados, debido al alto número de suicidas arrojándose al vacío todos a la vez o con escasa diferencia de segundos entre una caída y otra, acabó convirtiéndose en un fragor similar al estampido de un trueno que atravesara la calle de una punta a otra.

Jacques Andreotti continuaba su camino impertérrito, indiferente a los espectaculares sucesos del momento, con una mueca de hastío en el semblante —como si todo aquello le fastidiara, o incluso, como si aquella terrible visión le impidiera concentrarse en su imaginación que, por otro lado, era monotemática.

Yo le seguía desde una distancia prudencial, mientras recordaba a la Santa María y a los Santos y a los Apóstoles y a la Cruz y a Jesucristo (nuestro señor) y el rosario de mi Abuela y Michel-Ángel y el pesebre de Belén y la Lanza que lo hirió y la Vaca-Estufa y San José y el Padre Teófilo de Mundaiz (el sanguinario de Weigmar) y los Ángeles felices que en el cielo cantan

aleluyas a Nuestro Señor El To-do-po-de-ro-so. Nada emotivo, de veras.

Mientras tanto, la calle se había oscurecido como consecuencia de los cientos, miles de suicidas que durante unos segundos flotaban en el aire. Parecía una nube de langosta, una plaga de insectos que impidiera a la luz del sol llegar hasta nosotros. No sé durante cuánto tiempo se demoró aquella terrible visión (terrible para los hombres normales, porque ni a Jacques ni a mí nos impresionó demasiado —lo confieso con lágrimas en los ojos-).

Cuando el último de los suicidas tomó tierra, toda vez que la luz había vuelto de nuevo a las calles, pudimos contemplar las consecuencias de aquella escabechina voluntaria: cadáveres de ambos sexos se apilaban por miles uno encima de otro, desnudos, de pieles blancas, sensuales, hermosos, con un hilillo de sangre en la comisura de los labios que aún los hacía más atractivos y apetecibles si cabe.

Jacques Andreotti se detuvo ante el cuerpo sin vida de una de aquellas mujeres suicidas y lo violó. A continuación, se dirigió a donde otro cadáver —en esta ocasión el de un varón— y también lo violó. Al terminar con él, tomó otro cuerpo, y luego otro más, y otro más... Así hasta caer agotado sobre una pila de cadáveres.

El sol se ocultó tras unos edificios y la oscuridad se adueñó poco a poco de nosotros. A Jacques Andreotti le venció el sueño y durmió hasta el día siguiente.

«Y a la mañana siguiente su victoria fue celebrada y en las Iglesias se cantaron loas en su

honor. Y los sacerdotes, en medio de grandes solemnidades, proclamaron el advenimiento del Nuevo Reinado. Y desde entonces el Dios Esperma fue reconocido y adorado por todos. Y que Él salve a la patria y larga vida a la Reina. Y Amén.»

Estaba triste, arrepentido y avergonzado de mí mismo. «¡Eh, chaval! El mundo no es una basura si tú no lo eres. Tienes que aprender a vivir, y saber que el corazón no está en el pito. Somos muchos, muchos hombres y mujeres los que te aguardamos. Ven. Ya que tienes dos piernas, ¿por qué caminas sobre cuatro? Levántate y te ayudaremos» me susurró una voz. «¡Por favor!» grité, «No os vayáis. ¡He comenzado a entender! ¡He comenzado a entender!». Y la voz respondió «Te aguardamos. Hasta cuando quieras» se despidió. Echado sobre una tierra de arena y anegado en lágrimas gimoteaba «Perdonadme. Perdonadme todos. Os lo ruego. No lo volveré a hacer. ¡Me esforzaré! ¡Me esforzaré!»

Cuando levanté la cabeza contemplé un tímido sol rasgar la oscuridad en el lejano horizonte. Y un poco más tranquilo, me dispuse a emprender el nuevo camino que la luz de aquél sol me señalaba.

Pero volví los ojos hacia atrás, hacia el agujero en donde la sombra de Jacques Andreotti había desaparecido. Tenía que finalizar lo comenzado aun cuando ello supusiera regresar porque, al fin y al cabo, todos tenemos necesidad de un testimonio.

Regresé para matar al monstruo.

Estaba asqueado de aquella ridícula historia así como de andar tras un hombre que ni siquiera se llamaba Jacques Andreotti. Yo había inventado ese nombre, y junto con él al hombre de barbas y cabellos a lo Karl Marx, el hombre sin rostro, sin cuerpo, sin corazón. Porque todo fue pura invención. Y mientras paseaba por las calles de este pueblecito de no más de doscientos habitantes del que jamás salí, he permanecido sumergido en esta fantasía luchando por escapar de la inquietante realidad (esa realidad bajo la que he sucumbido, impidiéndome el normal desarrollo de mi auténtica personalidad y que ahora tan sólo me ofrece una salida: el suicidio).

Suicidarme. Así, al menos, conseguiré que Ella, Lo Real, Lo que-con-fastidio-Es no consigan su victoria sobre mí. Según obró aquél arrebatado lobo de mar: dando por perdida toda posibilidad de salir con bien de la tempestad, decidió hundir su propio barco haciendo un agujero en la sentina. Luego rió, rió como un loco mientras el barco zozobraba. Era la carcajada de los desesperados, de los fracasados, de los que perdieron la razón, de los infelices. De los cobardes.

Tenía decidido escribir una última carta a un hombre que no sé si todavía existe. Un hombre con el que en una época mantuve una cierta amistad o, mejor dicho, una relación tensa, difícil, a veces insoportable. Pero no lo haré.

Por otro lado, vosotros queríais un poco de sangre y ahí la tenéis: la mía, la de Andreotti, la de su perseguidor, la de toda la ciudad imaginaria. Incluso vuestra propia sangre. Porque la sangre es símbolo de vida, y a medida que vuestros ojos leían cada frase escrita en este libro, las palabras se teñían de rojo... con vuestra sangre. Porque mientras permanecíais sentados leyéndome, La Vida os abandonaba, y vuestras venas restan ahora vacías y yacéis tal muñecos de cera: inmóviles, de piel blanca, sensuales, hermosos, con los ojos entornados, un hilillo de sangre en la comisura de los labios...

(En este momento de la narración, el autor — un tal Jacques Andreotti— levanta el cañón de la pistola y apuntando a su cabeza aprieta el gatillo. Un ruido sordo, un fognazo y su cuerpo se desploma violentamente hacia atrás. FIN).

«VE AL TERRITORIO DE LOS EBURONES Y ANIQUÍLALOS»

Año 52 a.C.

Labienu, general del César, se dirige con sus tropas hacia el territorio de los galos. Concretamente, a la fortaleza de «Atuatu». La orden que dos días antes recibiera del César ronda incesante por su pensamiento: ve al territorio de los eburones y aniquílalos.

«...y aniquílalos», «... y aniquílalos», «...y aniquílalos». Yo, Labienu, que durante largos años no conocí otra cosa sino las fatigas de la guerra, y contando entre mis antepasados con nombres de fama tan ilustre y, sobre todo, siendo como soy fiel hijo de Roma y auténtico miembro de la nobleza romana, ¿por qué —¡oh Júpiter!—, por qué tiembla mi mano al empuñar la espada? Bien saben los dioses que no es el miedo quien provoca la respiración agitada de mi pecho: ¡tantas guerras como he librado! ¡tantos enemigos como fueron aniquilados bajo el acero frío de mi espada! ¿Cuántas veces, tras de la victoria, no atravesaría el campo de batalla hollando la sangre de los derrotados? ¿Acaso no me precipité siempre a lo más encarnizado de la batalla, escuchando los gritos de mis antepasados aullar feroz cada uno su nombre, el clamor de los soldados restallando en mi cabeza, mi

brazo golpeando incansable una y otra vez, hasta que la propia guerra parecía transformarse en un despiadado remolino?...

Sin embargo, el enemigo al que en esta ocasión debo enfrentarme es sin duda el más temible de cuantos he conocido: ni los germanos, ni los galos, son tan aterradores. ¿Cómo, cómo podré hacerle frente? ¿Con la espada, acaso? ¿O, tal vez, enviaré a mis soldados...? Las legiones más poderosas del César, ¿de qué poco me servirían aun siendo general de todas ellas!

A medida que atravieso los oscuros bosques siento que mi congoja es cada vez más intensa. ¡A gusto penetraría yo sólo, sin compañía alguna, en los temibles montes donde habitan brujos, lobos y fieras de todas las especies!

«...y aniquílalos» —¡soy un soldado!— «...y aniquílalos» —¡toda mi vida transcurrió en la guerra!— «...y aniquílalos». Aún no sabrán que me dirijo hacia ellos, ni que dentro de tres o cuatro días sus aldeas serán pasto de las llamas, ni que sus campos yacerán arrasados, ni que el aire se llenará de olores putrefactos— «...y aniquílalos». ¡Oh, cómo enfrentarse a *LA PIEDAD*! ¿Cómo podría luchar contra este enemigo que no va armado con espada pero que, sin embargo, atraviesa mi corazón tan afiladamente? ¿Acaso no tiene el oficio de soldado ya de por sí suficientes fatigas que había de añadirle una más?...

Cúmplase la voluntad del César según el divino designio de los dioses.

EL DÍA EN QUE UN RONQUIDO ME SOÑÓ

¡Por fin ha clareado el día! Ha sido una noche de locura (no sé qué sería de mí si todas las noches fueran como ésta). ¡Pero por fin llegó el amanecer! ¿Por qué será que al despuntar el día recobramos la serenidad? Tal vez porque, cuando aún nos hallábamos en plena noche, no sabíamos si llegaríamos a ver la próxima luz. El ser humano rehuye la oscuridad — aunque a veces no le importe vivir acosado por abismales peces negros de innumerables ojos.

Cuando pienso en la noche recién transcurrida todo me parece irreal... ¡Cuántas horas caminando! Que se metan otros en el lecho caliente mientras yo deambulo por las calles.

Los primeros instantes del crepúsculo matinal son los más bellos. La noche todavía «se pega» al firmamento, como si no se resignara a desaparecer... En vano, desde luego: ¡qué fuerza la del nuevo día! ¡Es como si fuera a estallar! Una explosión de luz que nos cubrirá a todos.

Pero hay una duda dando vueltas en mi mente y que me deja perplejo: una vez ha clareado el día por completo, ¿a dónde van a parar esos momentos embrujados de cuando despuntaba el día? ¿Y en dónde se refugian los seres fabulosos de los cuentos llevándose consigo esta locura nocturna mía? ¿cómo podría

negar a Dios⁴ ante un cielo inmenso como éste?

¡Contra la ventana de escamas de pescado los rojos rayos del sol —enviados por las nubes— quedan reflejados de modo tan extraordinario!

¿Dormir y, por tanto, pecar de avaricioso con la vida? No, no quiero dormir. ¡Oh, si pudiera perder el sueño para siempre!

Sin embargo, seamos sensatos, es mejor... seamos buenos, como niños... cerremos los ojos y durmamos... aunque sólo... sea... un poco...

⁴ «...cómo podría negar a Dios, al Uno, a la Naturaleza, a la Nada, al Vudú, a la Televisión, a Lo que quieras...?»

A TRAVÉS DE LOS TÚNELES

20 de Enero de 1.948.

Xalbador Martínez Azpiroz. Veinte años. Bilbaíno. Residente en Gasteiz hasta hace poco tiempo. Por razones de trabajo se halla en el tren nocturno de las doce con destino Donostia. Viste con elegancia. Viaja asomado a la ventana exterior del compartimiento.

—Hace dos horas que estoy aquí, contemplando el oscuro paisaje que se extiende más allá de la ventana. ¿Por qué haré los viajes siempre de noche? Apenas se aprecia el paisaje... ¿Habrà alguien a quien le gusten los túneles? No sé... A mi no me agradan demasiado aunque... reconozco que tienen un cierto encanto. ¿Cómo ir en tren sin acabar en las entrañas de algún monte, justo como voy ahora, aturdido por los rugidos de esta boca inmensa? Es como si alguien quisiera succionarme para a continuación arrojarme a esas tinieblas donde sólo parece existir un inmenso griterío... Nunca me había hecho tales planteamientos acerca de los túneles. Tal vez porque nunca les había prestado demasiada atención, a pesar de mis continuos viajes nocturnos en tren. Algo similar sucedió cuando me trasladé a Gasteiz: ¡durante cuánto tiempo deseé vivamente salir de la casa paterna y poseer una habitación de paredes blancas sólo para mí! Y un buen día abandoné la casa de los padres y

encontré esa habitación de paredes blancas. Sin embargo, al cabo de unos meses me di cuenta de que mi sueño se había cumplido y, por tanto, había llegado a su fin, por lo que no había ya razón alguna para continuar en aquella situación. Quizá sea por ello que me hallo en este tren con destino a Donostia, en donde nadie me conoce. Una vez arreglados mis asuntos en Gasteiz, continuaré buscando en otra ciudad «eso» que ni yo mismo sé que es, aunque sin demasiada esperanza (¿estaré haciéndome viejo?). De todos modos, ello no tiene excesiva significación. «Envejecer también puede ser bello». Mis pensamientos se entremezclan unos con otros. «Envejecer también puede ser bello». ¿De dónde ha llegado esta frase? Frases constituidas por palabras. «Por palabras». ¿En qué pensaba? Oh, sí, acerca de la dedicatoria de un libro:

“Para Clari, porque comprender a las personas
es tan difícil, y la infancia
ha quedado tan lejos...”

No creo que la ventanilla de un tren sea el lugar más adecuado para una dedicatoria. La ventanilla de un tren que ruge a través de los túneles y cuyo destino ya no sé cual puede ser. Es una noche espléndida... al menos, cuando se la puede ver. Este otro túnel no parece tener fin. ¡Y qué estrépito! Me hace daño en los oídos... Quisiera regresar al compartimiento, pero... ¡me es imposible mover las piernas! ¿Qué está ocurriendo? El ruido es cada vez

mayor. ¡Mis oídos! ¡Basta! ¡Basta! El estruendo del túnel se introduce en mis pulmones. Tengo ganas de vomitar. Este fragor... es como si lo escuchara desde dentro de mi cuerpo, como si se extendiera a través de mis venas... ¡Mi sangre es sólo ruido! ¡Mi corazón va a estallar! No es posible... ¡Estoy convirtiéndome en sonido! ¡Estoy convirtiéndome en un grito!

Transcurridas una horas, en uno de los pasillos del tren y bajo la única ventanilla que se hallaba bajada, los viajeros encontraron unas elegantes ropas tiradas por el suelo. Resultaba tan inusual, que dieron aviso de ello al responsable del tren quien, haciéndose cargo de las ropas y una vez dado parte del extraño suceso, las confió al depósito que para tales casos existe en la estación de Donostia y en donde, según parece, todavía continúan sin que hasta el momento haya pasado nadie a reclamarlas.

EL SUICIDIO DE Y.

Quizá por eso miraba hacia la calle con soñolienta resignación. Quizá por ello —y desde sus ojos que eran como dos agujeros negros, mojados y brillantes— veía la noche como dos ojos negros, mojados y brillantes. Balanceaba su cuerpo ante el vacío y, de improviso, le vino a la memoria aquél viejo columpio de la infancia. Y se sintió tan viejo como su recuerdo (un sentimiento falso: estaba por encima del tiempo, él siempre estuvo por encima del tiempo).

Desde algún lugar lejano, venían a su memoria imágenes de los que fueron sus padres, las de algunos amigos... Era un trance absoluto en el que le resultaba imposible encontrar las palabras adecuadas para explicar el tema que jamás acertó a definir. Convencido de que todo se aclararía en aquellos últimos instantes, toda vez que ya había decidido arrojarse desde el noveno piso en el que siempre vivió, convencido de que por fin vería con claridad cuáles habían sido sus errores así como las razones para no haber tomado antes esa determinación...

Sin embargo, ahora que la decisión estaba tomada, no hallaba nada que pudiera ayudarle en su último intento por interpretarse a sí mismo (interpretarse a sí mismo y también al mundo: he aquí la clave de todas las causas).

La lluvia había cesado. La calle entera brillaba con reflejos empapados parecidos a los de las estrellas.

En la noche de invierno, Y. era un viejo trapo de cocina. Y. pensó que él y su cuerpo no eran más que un viejo trapo de cocina (su cuerpo, a lo sumo, una enorme bola de grasa). Mas que ser la oscuridad la que devorara a Y, era la oscuridad víctima de Y., quien permanecía inmóvil.

Una sinfonía orquestada por silencios en la nada donde no existen las palabras, pues una palabra es un hecho en exceso humano e Y., si de por sí no fue nunca demasiado humano, ahora que ya era casi como un muertito, arrinconaba las palabras, desechara los términos y conceptos inventados por los Hombres. No necesitaba de palabras ni de idiomas (a pesar de ser un gran políglota) porque la sensación (tan real como un muro de hormigón) sustituía al idioma por medio de confusos pensamientos intuitivos que, partiendo desde un punto originario, anulaban todo medio de comunicación convencional.

Saltó y su cuerpo se rompió en mil pedazos. Y parecía que iba a chocar contra las estrellas y que sería la noche la que se rompería y no el cuerpo de Y., que permanecía ahora en el suelo absolutamente inmóvil, convertido en un amasijo de carne, tan quieto como cuando desde el balcón miraba hacia la calle (ya sabéis, cuando casi era un muertito pero que aún no lo era).

Un vecino al parecer no demasiado limpio se asomó a la ventana, echó una ojeada a un lado y a otro, y una vez estuvo seguro de no ser visto por nadie, arrojó a la calle una gran bolsa de color azul que fue a parar precisamente sobre Y.

A causa del golpe la bolsa se abrió, cubriendo su cuerpo de inmundicias, ya que, efectivamente, se

trataba de una bolsa de basura. El cadáver de Y., similar a una marioneta rota, contemplaba el cielo estrellado desde su quietud, comunicándose en silencio con las estrellas de guiño a guiño, participando del Secreto como uno más, como un muertito más, tal un Cristo traidor y renegado capaz de vender a un Judas por doce monedas de oro.

Podría seguir hablando acerca del muerto y de lo que hizo cuando se vio libre de la vida, pero el caso es que Y. nunca tuvo fe alguna en la resurrección ni en análogas patrañas. Así pues, juzgaría una falta de respeto hacia el muerto comenzar a proclamar aquí y ahora su error. Además, podría vengarse y los muertos, a mí, ¿no sabéis el miedo que me inspiran!

FIN